

MANUEL ZANUTELLI ROSAS

LOS QUE VINIERON DE ITALIA



ASSOCIAZIONE ITALIANI DEL PERU

¡Cómo lucharon los italianos que se establecieron en nuestro país en busca de mejores horizontes de vida! Habían escuchado hablar de esta tierra de difícil geografía, donde los dorados sueños y las grandes ilusiones podían hacerse realidad, y por eso un buen día, sin más equipaje que una maleta, emprendieron la travesía hacia el nuevo mundo.

Hicieron la América a golpe de trabajo, en esforzada labor que empezaba muy de mañana y terminaba en la noche. No todos se establecieron en Lima y el Callao, porque los hubo en buen número que arrumbaron hacia la selva, y otros que se dispersaron por diferentes ciudades.

En este ensayo el autor traza la figura de escritores como Emilio Sequi y Tommaso Caivano, menciona a los misioneros y mártires como Castrucci di Vernaza, Bovo di Revello, Giovanni Crisóstomo Cimini y Samuel Mancini. No ha escapado a su investigación la imagen de los hombres que contribuyeron a crear fuentes de trabajo e industrializar el país, cuyos descendientes continúan aún el camino que les dejaron sus antecesores.

094

LA EDICION DE ESTE LIBRO HA
SIDO AUSPICIADA POR LA
ASSOCIAZIONE ITALIANI
DEL
PERU



5 ml 15 P

304.451
Z36
1991

094

AUTOR

MANUEL ZANUETTI ROSAS

304.451
Z36
1991

094

MANUEL ZANUTELLI ROSAS

LOS QUE VINIERON
DE ITALIA



LIMA - PERU

1991

LOS QUE VINIERON DE ITALIA

Ira. edic. Julio 1991

Lima - Perú

© MANUEL ZANUTELLI ROSAS, 1991

Impresión: Librería Editorial "Minerva" Miraflores
Reg. Ind. 7006

PROEMIO

La obra que presenta Manuel Zanutelli Rosas denominada: "Los que vinieron de Italia" merece algunas palabras a modo de presentación.

El deseo de viajar es el más precoz de todos los deseos del hombre, y acaso el último que sonríe a su existencia, hasta que se acerca ese largo viaje sin regreso que todos tememos emprender.

La juventud llega con su impaciente curiosidad y necesita ver lo que se esconde del otro lado del horizonte "L'altra sponda".

Luego se pasan los mares, se surca el globo y falta tierra, y cada legua que se anda es una ilusión que se pierde. Pero los que llegaron de Italia no solamente fueron colonos, sino esencialmente viajeros, algunos científicos, médicos, ingenieros, movidos por ímpetu de sapiencia y su deseo de conocer centuplicados por el imperio de la moda que despertara Grafingy, Voltaire, Marmontel, el teatro de Carlo Goldini y las "Cartas Americanas" del economista Juan Reinaldo Carli, que salió a la palestra para increpar al abate prusiano de Pauw por sus opiniones depresivas sobre el indio americano, sosteniendo que el "Imperio Incaico fue la forma más perfecta de gobierno inventada por los hombres" (1).

El flujo migratorio proveniente de Italia fue voluntario, no masivo, no fueron agrupaciones venidas para un trabajo determinado, no tuvo relación con el fenómeno del proletariado como sucedió con los connacionales, en otros países de América.

(1) "El hombre ético del Perú era mucho más perfecto que el europeo". Juan Reinaldo Carli - *Cartas Americanas*.

2003-12-18: D. J.O.S

La inmigración comienza y coincide con el período de gran expansión comercial peruana en el mercado internacional, derivado de la exportación del guano. La mayoría proviene de Liguria, Piamonte y Niza y manifiesta un cierto grado de profesionalismo, ya sea, por la actividad desempeñada en Liguria como por la posibilidad de inserción en el sector mercantil peruano.

Muy pocos fueron los "Bachiches" dueños de pulperías que se conformaron con ese menester u oficio, convirtiéndose en importadores, comerciantes de mayor envergadura, banqueros e industriales. Así surgieron instituciones como la Sociedad Italiana de Beneficencia, el Hospital Italiano, la Sociedad de Instrucción, el Circolo Sportivo, la Canottieri, etc.

Los bocetos relampageantes de Zanutelli en el libro que presentamos son hitos trascendentales, atisbos que invitan a hurgar con detenimiento, cuán ligados están los italianos a la historia del crecimiento y desarrollo económico y cultural de nuestra patria.

Es particularmente notable la apreciación que vierte el autor en torno a la organización de la Colonia Italiana, a los hombres de "voz y pluma" como Emilio Sequi fundador de la "Voce de Italia", y catedrático de la Universidad Mayor de San Marcos, a los misioneros y mártires y a las figuras históricas de Giuseppe Garibaldi, Antonio Mlagrida, Tomás Caivano y Antonio Raimondi, sabio naturalista y redescubridor del Perú.

Los méritos que fluyen de este trabajo, son su excelente información y el garbo y desenvoltura natural de su estilo claro y preciso que indudablemente constituyen un aporte notable para ahondar en el estudio de la Colonia de Italia en el Perú.

LUIS GAZZOLO

Lima, 25 de abril de 1991.



Así era el Callao a fines del novecientos. La mayor parte de italianos que llegaba al Perú solía radicar en Lima y también en buen número en el puerto. (Album PERU, 1900. Garreaud).

1— SE LEVANTA EL TELON

1.1 *¿Hicieron la América?*

Los italianos estuvieron en el Perú desde los años aurorales de la conquista, acrecentaron su presencia en la colonia y echaron profundas raíces en la república. Hombres cumbre y masa anónima, llegaron y se incorporaron a la vida del país.

No hubo, sin embargo, una inmigración organizada. Apenas intentos fallidos o, si se quiere, buenos deseos sin ninguna significación. La mayoría vino por su cuenta y riesgo. El Estado no intervino, ni para bien ni para mal. Arribaron plenos de entusiasmo en busca de oportunidades de trabajo. Casi todos se quedaron y actuaron con amplia libertad, sujetos a las leyes del país. Eran de temperamento alegre, hombres vivaces, de fácil comunicación con sus semejantes.

¿Hicieron la América? Sí, muchos; pero a diferencia de los españoles, a golpe de trabajo. No desembarcaron con la idea falaz o engañosa de convertirse en ricos de la noche a la mañana. Generalmente eran recibidos en casa de algún familiar o paisano, quien, oportunamente, les había proporcionado información del medio en que tendrían que actuar. No fueron unos pobres ilusos que imaginaron encontrar el toisón de oro con sólo estirar la mano. Trajeron su capacidad creadora, la cultura europea en sus más diversas manifestaciones y, sobre todo, su experiencia de vida. Hasta el más humilde inmigrante, al desempeñarse en lo poco o mucho de lo aprendido o experimentado en

su tierra, salía adelante. A todo eso unía el italiano lo que es característica de su pueblo: su dedicación a la tarea cotidiana, con seriedad y con un propósito y un fin. Pobres de fortuna, tuvieron que empezar desde abajo, comenzar de cero en un país extraño al que pronto se integraron en una muestra formidable de adaptación.

Sus primeros años fueron de enorme sacrificio, de una desesperante vida incolora y monótona. Los hijos de aquellos que llegaron, es decir la generación subsecuente —los que encontraron en sus hogares una situación diferente a la de sus padres— continuaron el esfuerzo de sus antecesores y acrecentaron lo heredado; no conozco casos de derroche.

1.2 Bases estadísticas de permanencia

Ubiquémonos en el siglo XIX, época en que la presencia del italiano en el Perú se puede empezar a determinar con mayor exactitud sobre bases estadísticas.

El censo de 1857 arroja para la capital 94,195 habitantes; de ellos 13,203 eran europeos, cantidad en la que se contaba a 3,469 italianos (1). Lima no era el Perú y por eso algunos dejaron las relativas comodidades de la ciudad y se internaron tierra adentro. Hubiesen podido decir como Chocano: "O encuentro camino o me lo abro".

El censo de 1876 arroja, para Lima, 3,477 italianos (2,845 hombres y 632 mujeres) y en el Callao 1,298 (1,107 hombres y 191 mujeres). Por esta época también se registran en Lambayeque (244), La Libertad (239), Ancash (29), Ica (335), Arequipa (137), Moquegua (82), Tacna (63), Tarapacá (535), Loreto (12),

(1) De ellos 3,142 eran hombres y 289 mujeres, a los que se agregaban 38 menores. Fuentes, Manuel Atanasio: *Estadística general de Lima*. Lima, 1858. Las cifras figuran en el cuadro de extranjeros en la capital, inserto entre las páginas 626 y 627.

Cajamarca (27), Huánuco (3), Junín (173), Huancavelica (4), Ayacucho (3), Apurímac (7), Cuzco (10) y Puno (14).

En 1901 se encontraban en Lima 3,558 italianos y en el Callao 676. La baja es notable con referencia al puerto. Ya hemos dicho que en 1876 vivían allí 1,298 italianos. En 1908 residen en la capital 3,094, cantidad que en 1920 se reduce a 2,578, divididos así: 1,857 hombres y 721 mujeres. En el primer puerto, por esta época, los italianos son apenas 662: 494 hombres y 168 mujeres (2).

En 1931 serán 3,176 y en 1940 el total de residentes italianos en el Perú sumará 3,774 (2,553 hombres y 1,221 mujeres). Su presencia en Lima era de 2,667 y en el Callao de 403, pero en otros lugares de la república no era numerosa: Amazonas (3), Ancash (20), Apurímac (2), Arequipa (83), Ayacucho (15), Cajamarca (16), Cuzco (19), Huancavelica (5), Huánuco (25) e Ica (240) (3).

Años más tarde, en 1961, en lo que se refiere a Lima, la suma es así: 4,459; en 1972 hay una pequeña diferencia: sólo se cuenta a 3,739 y 3,161 en 1981. En el Callao, que siempre fue núcleo de italianos, la baja es notable: 368 en 1961, apenas 229 en 1972 y la pequeñísima cantidad de 181 en 1981.

Gente laboriosa, no importaba que la faena fuese agotadora. Muchos de esos inmigrantes se dedicaron a la agricultura, al comercio, a la ganadería, a las industrias de transformación. El *Almanaque del comercio de Lima* de 1876 es una buena fuente de consulta al respecto. Figu-

(2) *Censo de la provincia de Lima* (28 de junio de 1908). Lima, 1915. Imprenta "La Opinión Nacional".— *Censo de Lima y Callao*. 1920 Lima, 1921. Imprenta Torres Aguirre.

(3) *Censo nacional de población y ocupación* (1940). Lima, 1941.

ran Aurelio Denegri, Francisco Canevaro, Bartolomé Figari, José Antonio Larco, Rocco Pratolongo, José Bresani, todos de reconocida capacidad empresarial; pero también hay una lista de pequeños comerciantes, de aquellos que (pulperos, bodegueros, herreros) fueron llamados, risueñamente, *bachiches*.

1.3 *Bachiche*

Tratemos de comprender el significado del término *bachiche*. El diccionario de la Academia de la Lengua Española lo llama, simplemente, “inmigrante italiano”. La explicación es extremadamente parca. No dice mucho.

Viene del término genovés *Bacciccia* y se usaba con marcada frecuencia para señalar al italiano de modesta extracción social (4). La mayoría se abrió paso con una pequeña tienda, la antigua pulpería, atendida por un hombre casi siempre locuaz, amigable, dicharachero, conocedor de todos los del barrio y a quien, a veces, denominaban “gringo”.

Del pulpero italiano decía Joaquín Capelo en el siglo pasado: “en su origen es algún marinero de buque mercante que ha cancelado o deshecho su contrata al llegar al Callao, y se ha establecido como dependiente de otro pulpero”. Su franqueza de carácter —anotaba el mismo autor—, el hábito de privaciones y del trabajo, además de su iniciativa y claridad del espíritu práctico, eran factores conducentes a dar al hombre la mejor educación práctica que puede desearse.

Con un sueldo de diez soles al mes, “un asiento en su pobre mesa y un rincón en la pulpería para pasar la noche”, transcurrían los años (5). ¡Ni vestimenta nueva

(4) Benvenuto Murrieta, Pedro M.: *El lenguaje peruano*. Lima, 1936, página 98.

(5) Capelo, Joaquín: *Sociología de Lima*. Lima, 1985, página 72, libro segundo.

ni placer alguno! Sólo trabajo desde las primeras horas de la mañana hasta el caer de la tarde. Al cabo de los años, dueño de un pequeño capital, se asociaba a algún compatriota. El dinero se multiplicaba y un buen día con una suma apreciable abría su propio negocio.

Por entonces ya se ha casado, tiene hijos y se ha acriollado, tanto que, comentaba el autor de la *Sociología de Lima*, prefería “una merma en el peso antes que un aumento en el precio de la unidad”.

Pulpería no debe confundirse con *chingana*. El diccionario de la Academia de la Lengua la define como: “Tienda, en América, donde se venden diferentes géneros para el abasto; como son vino, aguardientes o licores y géneros pertenecientes a droguería, buhonería, mercería, etc.”

Juan de Arona en su *Diccionario de peruanismos* de 1884 apuntaba: “*Chingana* es una pulpería ínfima, que nunca está en esquina como aquélla, ni pertenece a un italiano, sino a un *Ño*, hijo del país o de alguna otra república hispano americana. Un italiano no se habría quedado estacionario tan abajo”.

Una lista de *bachiches*, sacada del almanaque de 1876 ya citado en este estudio, sería la siguiente:

- Abarrotés (Dall’Orso, Garibotto, Machiavello, Razzetto).
- Bodegas (Barbieri, Castino, Peschiera).
- Boticas (Boggiano, Scotto, Signone).
- Cafés (Facco, Nicoletti, Tassara).
- Tiendas de calzado (Gagliardo, Sanguinetti).
- Chocolaterías (Campodónico, Orezza, Serdio, Vignolo).
- Fidelerías (Castagnino, Converso, Nicolini, Simonelli)
- Curtiembres (Badieri, Canessa,)

Herrerías (Asanodó, Solari).

Pulperías (Amoretti, Barloti, Bianchi, Bosso, Cánepa, Canessa, Casaretto, Corvetto, Derosi, Frogone, Monteverde, Olcese, Piaggio, Risso, Rivarola, Solari, Vaccari).

En la tienda la "Moda Italiana", de Carabaya N° 67, había un surtido permanente de gorras y sombreros. En Lescano N° 15 Fortunato Brambilla fabricaba camisas y corbatas. Maderas al por mayor y menor vendía Antonio Rázuri en Ayacucho N° 152. Juan Escolari ponía a disposición del público grandes espejos en su local de Junín N° 93; y Figari e hijos alfombras en Mantas N° 46. En el Callao, Barabino Hnos. se desempeñaban como agentes comisionistas y consignatarios de buques.

2— LOS ITALIANOS SE ORGANIZAN

2.1 Comisión Consultiva de Inmigración

El 14 de agosto de 1872 se creó la Comisión Consultiva de Inmigración, con el propósito de impulsar la venida de europeos al Perú. El compromiso fue que tendrían ayuda del Estado. La Comisión Consultiva se transformó, el 17 de diciembre de ese año, en la Sociedad de Inmigración Europea, presidida por Aurelio Denegri. Basada en la Ley de Inmigración del 28 de abril de 1873, promulgada por el Congreso, la institución lucharía para que vinieran al Perú tres mil colonos, entre ellos un buen número de italianos que se internaron en Chanchamayo (6).

La ley de 1873 autorizó el gasto de 100 mil soles para fomentar la colonización por europeos. Comentaba Hildebrando Fuentes que dicha ley “distribuía en favor de los inmigrantes los terrenos de propiedad fiscal y mandaba hacer importantes obras en favor de aquéllos (7). Sin embargo, nada lograron. En Chanchamayo los cincuenta centavos que otorgaba diariamente el Estado a cada pionero en calidad de subsidio, tardaba en llegar o no llegaba nunca. Pedro Paz Soldán y Unanue decía: “mandar inmigrantes a lo que llamamos *nuestras montañas* es como destacarlos a las montañas de la Luna, o que busquen las fuentes del Nilo” (8).

(6) Véase el estudio de Bruno Bellone “La inmigración agrícola italiana en el Perú”, publicado en *Presencia italiana en el Perú*. Lima, 1984, pp. 103 a 221.

(7) *La inmigración en el Perú*, Lima, 1892, página 52.

(8) *La inmigración en el Perú*, edición de la Academia Diplomática. Lima, 1971, pág. 159.

Antes de esos acontecimientos el abogado e historiador Tomás Caivano había traído —con su propio esfuerzo— 150 napolitanos que fueron conducidos a una hacienda de Ica. El intento “acabó mal y todos se dispersaron”. Los hacendados no los quisieron porque les convenía trabajar con chinos, a quienes podían explotar. Alfredo Sacchetti comentaba: “La inmigración de razas no europeas resulta no sólo improductiva, sino también perniciosa”. Y tenía razón, por cuestiones, fundamentalmente, étnicas. Los dueños de fundos y haciendas no veían o no querían ver el problema en ese sentido, sino en beneficio exclusivo de sus propios intereses. En el programa político de la Unión Nacional, organismo que fundó Manuel González Prada en 1891, se consideraba “favorecer la inmigración europea”.

Como no se cumplía con lo prometido, los inmigrantes italianos se retiraron hacia Lima, Naturalmente, esto puso en serios apuros a los dueños de fundos y haciendas, quienes, vinculados a la plutocracia capitalina, trataron de presentarlos a través de artículos publicados en los diarios de la manera más ruin. El 12 de marzo de 1875 “La Patria” en un artículo titulado “Inmigración italiana” se expresaba así:

“Los súbditos italianos que han ingresado últimamente a Lima, no tienen traza de haber sido gente laboriosa y trabajadora en su país. No ofrecen garantía alguna y llevan en su aspecto, en sus modales y manera de comportarse, el sello de la pereza y de los hábitos de vagancia”. En otro párrafo se agregaba: “Con señaladas excepciones y dígame lo que se quiera, las diferentes partidas de inmigrantes no han pertenecido a la clase obrera europea”.

Este inmerecido ataque a los italianos venía precisamente de gente ociosa, de personas que pertenecían a una clase social explotadora que tenía a menos trabajar, considerando un deshonor invertir algo de su tiempo en tarea

tan ennoblecedora. Los hacendados ponían el grito en el cielo porque miembros de instituciones italianas de Lima y Callao, se habían reunido con el fin de proponer a su representante diplomático Hipólito Garrou que usase de toda su influencia “para disuadir a los pocos discretos con-ciudadanos nuestros, de prestar oídos a vanas promesas que pudieran ocasionarles un desengaño demasiado amargo”. Que tratase de evitar que sus compatriotas emigrasen al Perú.

Como la situación creada por la protesta de los italia-nos era comentada también en otros periódicos, “La Pa-tria” recordó, a fin de modelar una mejor imagen de los hacendados, que José Boza, en Ica, cuando recibió el pri-mer contingente de italianos les dio “alojamiento, terre-nos preparados para el cultivo, instrumentos de labranza, alimentos y todos los medios necesarios para consagrarse a un provechoso trabajo; todo lo cual no fue bastante pa-rra que muy pocos días después de su arribo a “Macaco-na” la abandonasen, viniendo la mayor parte de ellos a va-gar en las calles de esta capital”.

Lo mismo sucedió en las haciendas en Santa, comen-taba, de Derteano y Vivero. Los inmigrantes percibían el “alto salario de un sol por día”.

2.2 *La Peruvian Corporation y otros proyectos*

En 1892 vino al Perú, contratado por M. Kenzie, a órdenes de la Peruvian Corporation, “un centenar de italianos” para trabajar en las montañas del Perené; de-jados a la buena de Dios, al cabo de unos años los inte-grantes del grupo se dispersaron.

En 1897 el marino Pedro Gárezo —combatiente a bordo del “Huáscar” en Angamos en 1879— pensó que debían recibirse inmigrantes piamonteses, lombardos y vé-netos; y, para cristalizar su idea la hizo llegar a la Socie-

dad Geográfica de Lima. Pero no prosperó; en Italia hubo una fuerte campaña periodística en contra por los malos tratos inferidos a otros grupos inmigrantes. Un año después el italiano Moffa propuso "la introducción de italianos sobre bases ventajosas" (9); pero el intento sólo quedó en eso.

Otro proyecto similar estuvo a cargo del empresario Sallini, quien ofreció hacer venir a trescientas familias para la región del Pachitea. Estudiada la propuesta, se optó por desecharla. En 1901 Guillermo Speedie logró del Estado 25 mil hectáreas en calidad de concesión, en la zona del Pachitea y Ucayali, a la que conduciría 120 familias italianas "que en realidad no vinieron nunca", como apunta irónicamente Abraham Padilla.

En cuanto al grupo SAIPAI (Società por Azioni Italo Peruviana Agrícola Industriale), instalado a diez kilómetros de Tingo María, estuvo integrado por veinte familias que asumieron la responsabilidad de trabajar la tierra.

2.3 *Sociedad Italiana de Beneficencia y Asistencia*

La comisión que tuvo a su cargo la redacción de los estatutos fue presidida por el médico Juan Copello y el cónsul José Canevaro.

Cumplió ampliamente su fin principal: dar asistencia a los italianos que por una u otra circunstancia se hallaban sin trabajo y sin dinero para afrontar las necesidades diarias de la vida. Aparte de este importante cometido, la Sociedad de Beneficencia prestó ayuda a la colectividad, como sucedió en 1868 y 1869 durante la epidemia de fiebre amarilla que azotó Lima. Abrió un lazareto para atender a los atacados del mal. En mayo de 1877, al

(9) Padilla Bendezú, Abraham: "Historia de la inmigración en el Perú" - (En Arona, Juan: Opus cit.).

haberse producido un terremoto en Arequipa, Arica, Mollendo, Antofagasta, Iquique, Pisagua, Mejillones y Cobija con el saldo lamentable de innumerables víctimas, volvió a brindar su generosa contribución. A fines de enero de 1881, a consecuencia de las batallas de San Juan y Miraflores, alquiló un local situado en la calle de Guadalupe, al que convirtió en hospital de sangre y puso bajo la dirección del médico Pedro Bertonelli.

El primer directorio de la Sociedad estuvo integrado por Juan Figari, presidente; Rocco Pralongo, primer vice-presidente; José Rainusso, segundo vice-presidente; Matteo Graziani, secretario; José Profumo, vice-secretario; y Luis Figari, tesorero.

Concejales para Lima: Francisco Bancalari, Francisco Cipriani, Pedro Marconi, Juan Copello, José Bianchi, José Larco, Elías Rainusso, José Benvenuto, Giobatta Bozzo, Tomás Bernizoni, Luis Raybaund, Benedicto Bregante, Luis Costa, Marcelo Oddera, Nicola Oddera y Nicola Muratori.

Concejales para el Callao: José Dall'Orso, Francisco Ametis, José Bossio, Giobatta Podestá y Carlos Rada-vero.

En 1887 el local de la Sociedad quedaba en Unión 278. Presidente de la institución era Pedro E. Solari (10).

En esos años el cuerpo directivo de la institución estaba conformado de la siguiente manera: Presidente honorario, Encargado de Negocios; presidente, Rocco Pralongo; vice-presidente, G. F. Chioino; inspectores, Carlos Scotto y Francisco Giordano; tesorero, Achille Boggiano; secretario, Carlos Carezni Galesi; vocales, Nicola Nicolini y Tommaso Bresciani.

(10) *Guía de domicilio e industrial de Lima y comercial del Callao, para el año 1887.* Clodomiro Soto y Enrique Ramírez Gastón.

2.4 *El Hospital Italiano*

El 20 de setiembre de 1884 se realizó la ceremonia de colocación de la primera piedra del hospital italiano. El lugar escogido fuera de la ciudad quedaba en la actual avenida Grau, "entre la Exposición y Santa Sofía" cerca al lugar donde estuvo el Politécnico "José Pardo".

En su mayor parte los concurrentes fueron italianos que, entusiastas, habían empezado a hacer realidad la tarea que se impusieron: la de tener un hospital. Estuvo presente, en primer término, el marqués de Pappalepore en representación de la patria lejana; y por supuesto asistieron las compañías de bomberos. El alcalde de la ciudad, los ministros de Justicia (Mariano Castro Zaldívar) y de Relaciones Exteriores (Baltasar García Urrutia) y miembros de la Beneficencia Pública, contribuyeron a dar realce a la ceremonia.

"Colocada la primera piedra, bajo la cual se pusieron monedas de oro y plata, y que regó con champagne la madrina, señora Inés Laos de Canevaro, se extendió el acta respectiva"— comentaron los diarios. Agradeció a nombre del gobierno el titular de Relaciones Exteriores. A los asistentes se les obsequió medallas conmemorativas acuñadas en plata y cobre.

No fue fácil concluir la obra por la crisis económica a causa de la guerra recientemente perdida y de la subsecuente inestabilidad política. Sólo ocho años después, el 5 de junio de 1893, pudo realizarse la inauguración del hospital. Italianos de Lima y Callao se reunieron en la plaza de la Inquisición (hoy plaza Bolívar) y de allí, a la 1.30 de la tarde, se dirigieron a pie hasta el nosocomio. Dos bandas de música iban a la cabeza de lo que no era comitiva sino gentío, masa compacta plena de alegría exultante. Dos horas más tarde, con la presencia del arzobispo de Lima y del presidente de la República, general Re-



La ceremonia de colocación de la primera piedra del hospital italiano se realizó el 20 de setiembre de 1884. La inauguración se llevó a cabo el 5 de junio de 1892.



Los colegios italianos, tanto de Lima como del Callao, realizaron siempre notable labor en bien de la educación. Antigua imagen de estudiantes en la década de 1920. (Foto: **El Perú actual y las colonias extranjeras**. Lima, 1924. E. Centurión Herrera)

migio Morales Bermúdez, se procedió a declarar inaugurado el local. Los padrinos fueron el Encargado de Negocios de Italia y la señora Elena Opiso de Revoredo. La descripción del hospital, que hizo "El Comercio" al día siguiente de la inauguración, fue así:

"Es un edificio de magnífico aspecto y de excelentes condiciones higiénicas. En el centro del vestíbulo se destaca un busto de Víctor Manuel. A los lados del vestíbulo se hallan dos hermosas salas de medicina y cirugía, y una serie de habitaciones confortables para enfermos de paga. En el ala derecha que colinda con la calle Abancay, se encuentra provisionalmente la puerta principal del edificio: a la derecha de la entrada, la administración, la botica, el depósito, el consultorio, una sala para reconocimiento de enfermedades secretas y una sala de operaciones; a la izquierda de la entrada un depósito para víveres, piezas para practicantes y empleados, una sala para enfermos de la vista y varios cuartos de una sola cama. Aisladamente están la despensa y cuartos adyacentes para útiles de comedor y cocina. En el extremo opuesto, una lavandería completa".

2.5 *Sociedad de Instrucción*

El aspecto educacional había sido contemplado por la colectividad italiana. Y por eso el 18 de febrero de 1872 quedó constituida en el Callao la Sociedad Italiana de Instrucción y Educación Civil, gracias a la iniciativa del ingeniero Luis Sada (11). En un terreno de su propiedad construyó una casa para convertirla en escuela.

Las clases comenzaron el 3 de junio de ese año con un modesto grupo de profesores y con la dirección del R.P. Pardini. El Estado peruano colaboró con textos escolares. Sada recibió el apoyo de 180 socios.

(11) En 1872 trazó un plano topográfico de Lima, que fue aprobado el 20 de marzo de 1873.

Al aumentar el alumnado se contrataron los servicios de un profesional de mayor experiencia para que se hiciera cargo de la escuela: el maestro Leopoldo Panizzoni. En 1875 la escuela se trasladó a otro local, más amplio, "anexo a la compañía de bomberos *Italia*". A causa de la guerra con Chile cerró sus puertas y muchos años después de la contienda, el 22 de julio de 1890, el colegio se estableció en Lima con un subsidio del gobierno italiano consistente en 1.500 liras anuales. En la *Guía de domicilio e industrial de Lima y comercial del Callao para el año 1887*, que editaron Clodomiro Soto y Enrique Ramírez Gastón, aparece como presidente de la Sociedad Italiana de Instrucción un señor Giovanni. El local quedaba en Unión 278.

2.6 Escuela Italiana de Música

Ignoro cuándo se fundó esta escuela, destinada a divulgar el arte musical en Lima. En 1876 era presidente honorario de la institución el Encargado de Negocios. La presidía el pianista y conocido profesor de canto y baile Francisco de Paula Francia, napolitano nacido en 1834 y desaparecido en Lima en 1904. Lo secundaba en la vicepresidencia el comandante de la bomba "Roma". Y en los demás cargos Pedro Sierra, como maestro director; José Pizzini, vicemaestro; Enrique Olderati, secretario; Manuel Urguro, tesorero; y Carlos Besaccio y Antonio Cavagnaro en condición de inspectores (12).

2.7 El Banco Italiano

Era necesario crear una institución de carácter financiero, un organismo a través del cual se pudiese prestar ayuda a numerosos miembros de la colonia. Fue así como surgió el Banco Italiano. Quedó instalado, o fundado, el 11 de noviembre de 1888, en el local de la sociedad

(12) *Almanaque del comercio de Lima (1876)*. Lima, 1876, pág. 236.

“Patatrac”, situado en el Portal de Escribanos. Asistieron “más de 300 comerciantes de la laboriosa colonia italiana”— comentó “El Comercio” un día después. En tal oportunidad se designó un comité encargado de redactar los estatutos del banco, compuesto por Giuseppe Giacometti, Tommaso Valle, Giacomo Orezza, Federico Agostino Ferrari, Giuseppe Alberto Larco, Leopoldo Bracale, Stefano Ferrando, Ambrogio Nosiglia, José Puccio, Carlos Mombello, Evaristo Palma y Francesco M. Oliva.

El capital establecido fue de 40,000 libras, dividido en acciones de L/. 20 cada una.

El primer directorio estuvo formado así:

Presidente: Giuseppe Alberto Larco; vice-presidente, Giacomo N. Pédola; directores, Agostino Ferrari, Ambrogio Nosiglia, Federico Ferraro, Carlos Mombello, Giovanni Landi, Giacomo A. Orezza y Lorenzo Profumo; directores suplentes, Giacomo Gerbolini, Stefano Ferrando; inspectores, Leopoldo Bracale y Francesco M. Oliva (13).

El 9 de abril de 1889 dio comienzo a sus actividades con siete empleados en un local de la calle Mantas N° 42. Desempeñó la gerencia Juan T. Calderoni.

Su éxito fue rotundo. En 1894 acuñó monedas de plata trabajadas en la Casa Nacional de Moneda y, a la vez, emitió cheques circulares (billetes) de 25, 50 y 100 soles. En 1895 tuvo activa participación en la fundación de la Compañía Internacional de Seguros y al año siguiente en la Compañía de Seguros “Italia”. No todo quedó allí, pues en 1905 dio su aporte del 25% del capital que se necesitó para la creación de la Caja de Depósitos y Consignaciones. El progreso de esta institución fue extraor-

(13) Bardella, Gianfranco: *Un siglo de vida económica del Perú (1889-1989)*. Lima, 1989, capítulo V.

dinariamente veloz. Estableció sucursales en Chíncha (1901), Arequipa (1905) y Mollendo (1907). Con el tiempo aumentó su capital.

Al referirnos al Banco Italiano es necesario recordar a Gino Salocchi, un florentino nacido el 20 de junio de 1882 que llegó a Lima en 1921 contratado por la Banca Commerciale Italiana. Hombre y empresa formaron como un solo cuerpo. Salocchi le insufló nueva vida, le dio el impulso de su talento y visión de futuro hasta convertir al banco en un organismo fuerte, tanto que el gobierno, en 1936, llegaría a deberle S/. 20'500,000. Para la época una fortuna. Baltazar Caravedo Molinari dice que el Banco Italiano apoyó el surgimiento de la industria. Asimismo que "influyó en la política industrial del gobierno de Benavides" (14).

En 1941 cambió de razón social y empezó a llamarse Banco de Crédito del Perú.

2.8 Compañía de Seguros "Italia"

Fundada en 1896, inició sus actividades en octubre con un directorio integrado por las siguientes personas: Federico Ferraro, presidente; Domingo Olavegoya, vicepresidente; y en calidad de directores Francesco M. Oliva, José Ferrari, Nicolás Nosiglia, Francisco Bresciani, Evaristo Palma, José A. Cúneo, Angel Canessa y Eugenio Gozzuzzo. Gerente: Juan Figari.

"El primer fondo de reserva que la *Italia* separó de sus actividades al año siguiente de su fundación (1897) fue de L. 896.0.00. Veintiún años más tarde, en 1918, la compañía obtenía por igual concepto, la apreciable suma de L. 51,307.00, cantidad que, por acuerdo de la junta general pasó a formar parte del capital erogado" (15).

(14) *Burguesía e industria en el Perú. 1933-1945*. Lima, 1976, pág. 67.

(15) Centurión Herrera, E: *El Perú actual y las colonias extranjeras. 1821-1921*. Lima, 1924.

2.9 Societá "Canottieri Italia"

También las actividades deportivas deben mencionarse, siquiera a vuelapluma, en este trabajo. En el Callao se fundó el 7 de setiembre de 1904 la Societá Canottieri Italia, por iniciativa de Esteban Massa, Attilio Molinelli y José y Juan Giuffré. De acuerdo a los estatutos de la institución, el presidente honorario debía ser el representante diplomático de Italia.

El primer presidente de la "Canottieri Italia" fue Enrique Osella, quien editó la revista mensual "Ausonia", orientada a todos los asociados. Su cuadro directivo estuvo conformado de la siguiente manera: Presidente nato, el ministro de Italia; presidente honorario, Faustino G. Piaggio; presidente activo, Enrique Osella; vice-presidente, Rómulo Botto; secretario, Juan Landi; vice-secretario, Juan Giuffré; tesorero, Alfredo Canova; vocales, César Ginocchio, Attilio Piaggio, Carlos Sugobono, José Giuffré, Attilio Molinelli y José Nosiglia; junta de disciplina, Carlos Molinelli, José Boero, Andrés Dall'Orso, Bartolomé Traverso y Emilio Sequi.

2.10 Círculo Sportivo Italiano

Se fundó, gracias al entusiasmo de Antonio D'Onofrio y un grupo de sus compatriotas, el 15 de agosto de 1917. El 15 de junio de 1922 inauguraron su propio estadio, en una ceremonia a la que asistió el presidente Augusto B. Leguía.

El diario "El Comercio" en la edición del día 16 hizo una breve reseña de la institución y recordó que el congreso de 1919 colaboró con la obra llevada a cabo por el Círculo, "librando de derechos cierto número de bicicletas, estimulando de este modo a los entusiastas socios de esa institución, que vieron así, en parte, coronados sus esfuerzos".

Antonio D'Onofrio, con los socios y personajes influyentes de la colonia italiana, decía el comentarista, le imprimió nuevos rumbos desde la posición directiva que ocupó. A él y a quienes lo rodearon se debió la idea de construir el estadio. La obra "está calcada de los mejores *stadiums* de Italia". Los planos habían sido traídos de Europa.

A la inauguración concurrieron el nuncio apostólico José Petrelli; los ministros de Italia, Brasil y España, señores Ruffilio Agnoli, Gurdel Do Amaral y Jaime de Ojeda, respectivamente; y miembros de la directiva.

A las 3.30 p.m. llegó el presidente de la república, acompañado de algunos miembros de su casa militar. El presidente del *Círculo*, señor Antonio D'Onofrio, pronunció un discurso, señalando que la institución vivía "el día más bello de su existencia, porque culminaba en la realización de un ideal que nació y se cultivó al calor de una noble causa".

2.11 La "Stella d'Italia"

Los masones italianos residentes en Lima solían reunirse en las logias "Justicia y Unión" (1862), "La Estrella de Italia" (1881) y la "Francesco Crispi", instalada en el Callao en 1901, habiendo sido su primer presidente Luigi Mazzoni.

En esta institución ofreció Manuel González Prada el 25 de setiembre de 1904 una conferencia titulada "Las esclavas de la iglesia" y el 24 de setiembre del año siguiente otra a la que denominó "Italia y el papado".

Las sociedades masónicas existentes en Lima en 1887 —según la *Guía de domicilio e industrial de Lima y comercial del Callao* de Clodomiro Soto y Enrique Ramírez Gastón— eran las siguientes:

Gran Logia de Escocia
Gran Logia de Hamburgo
Gran Logia de Irlanda
Gran Logia del Perú
Logias Simb. Alianza y Firmeza
Logias Simb. Arca de Noé
Estrella de Italia
Estrella Polar
Honor y Progreso
Kosmos
Kosmos Unión Peruana
Orden y Libertad
Perseverancia
Partenón
Regeneración Fraternal
Virtud y Unión
Valle de Francia

En otro impreso, también del siglo pasado (*Guía del viajero. Callao, Lima y sus alrededores*, de Cisneros y García), en lo referente al puerto se apunta: "Hay diez en el Callao". Pero no se agrega nada más.

3— HOMBRES DE VOZ Y PLUMA

3.1 *Emilio Sequi en San Marcos y fundador de "La Voce d'Italia"*

El 29 de julio de 1888 una gran cantidad de público se dio cita en el Teatro Politeama, situado en la vieja calle del Sauce (cuadra 12 de Lampa). Eran poco más de las 7 p.m. y la reunión había suscitado variados comentarios: don Manuel González Prada, presidente del Círculo Literario, iba a dar a conocer uno de sus discursos, o por mejor decir uno de sus más recientes ensayos. Entre los asistentes se encontraban el primer mandatario, general Andrés A. Cáceres, héroe de la Breña, con su esposa y muchos personajes del mundo oficial. Gabriel Urbina, un muchacho ecuatoriano que estudiaba en San Fernando, según Manuel Moncloa y Covarrubias en su folleto *Los bohemios de 1886*, dio lectura al trabajo de González Prada; aquel que analizaba las causas de nuestra derrota en la última contienda y decía: "una generación se va, manchada con la guerra civil de medio siglo... los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra".

Como ningún diario grande quiso publicar aquellas candentes expresiones, varios semanarios se encargaron de la tarea, entre ellos "La Voce d'Italia", de Emilio Sequi, cuya imprenta sufrió las iras del gobierno.

¿Quién era Sequi? Plegó sus tiendas en el Perú en 1876. Era de Castelfranco, donde nació en 1844, pero se educó en Roma. En nuestra patria hizo notable labor cultural a través de periódicos y revistas y sobre todo en su condición de profesor en la universidad de San Marcos. El

tiempo al parecer ha querido sepultarlo en el olvido. Catedrático de la Facultad de Letras, director de "L'Italiano", que empezó a circular el 1º de enero de 1877 dos veces por semana, y de "La Voce d'Italia", fundada en enero de 1886, estudioso, conocedor profundo de la literatura clásica, polemista notable, llegó a ser en su época un personaje de gran consideración intelectual. Con otro hombre de igual entusiasmo y calidad radicado entre nosotros, Enrico Calcagnoli, escribió *La vita italiana nella Repubblica del Perú* (1911). Era Caballero de la Corona de Italia, distinción condigna a sus altos merecimientos.

Puedo ofrecer algunos otros informes en torno de su persona que quizá contribuyan, algún día, a cincelar su perfil. En su expediente matrimonial del Archivo Arzobispal, que data de febrero de 1885, se dice que fue hijo de Francisco Sequi y de Margarita Filippini, informes que en parte no concuerdan con lo que aparece en su partida de defunción de la vice parroquia de Guadalupe, pues allí se expresa haber sido hijo de Margarita Sachetti. Vale en mi concepto el pliego matrimonial, porque fue declaración formulada por el mismo interesado. Dijo en 1885 ser soltero, de 40 años, doctor en Ciencias. La novia se llamaba María Jesús Hernández Dalens, boliviana, tenía 24 años y, como él, era soltera. Terminaron casándose en San Marcelo (x).

Sequi donó en 1925, año de su muerte —que fue el 19 de marzo— a la Biblioteca de San Marcos 1,680 libros y dos atlas, "como recuerdo de su tránsito por esa docta

(x) En la parroquia de Los Huérfanos (libro 24, folio 2 v.) hay una partida de bautismo de la niña Ana María, hija natural de Emilio Sequi y de Feliciano Miranda, limeña. Bautizada de 18 días el 16 de (rota la hoja) de 1881. Falleció de ocho meses el 05.12.81.— Perdió a su hijo Emilio, habido en Filomena (así aparece en la nota del tomo 20, folio 443 del 9 de setiembre de 1885 del Sagrario) Miranda.— El 6 de enero de 1886 falleció otro vástago, Julio Emilio, de cinco meses.

institución”, según su testamento. Lo que demuestra que estuvo identificado hasta el final con el centro de cultura que le abrió sus puertas y que le dio ocasión de mostrar todo su saber y su vocación de auténtico maestro.

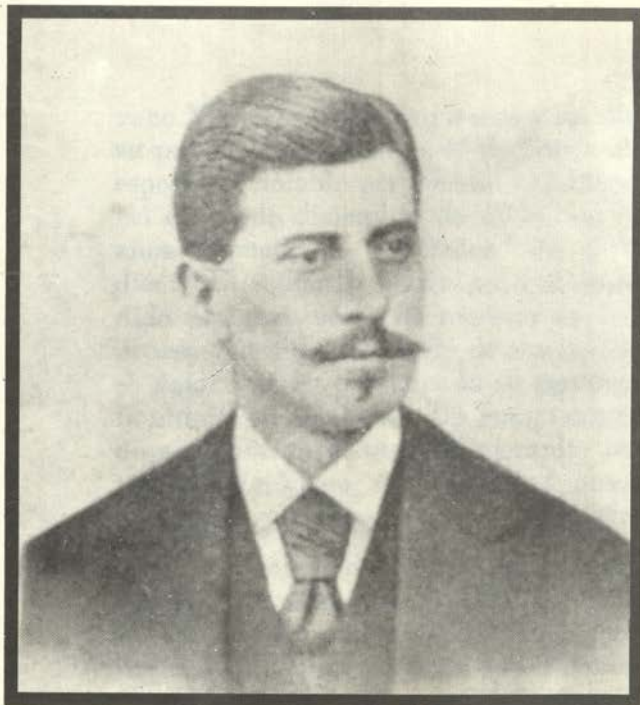
3.2 Tomás Caivano y la “Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia”

A Tomás Caivano los peruanos le debemos estar siempre gratos. En 1882 publicó en Torino un libro, *Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*, mediante el cual denunció en Europa la agresión sufrida por nuestro país y contribuyó a dar a conocer la verdad sobre esa contienda.

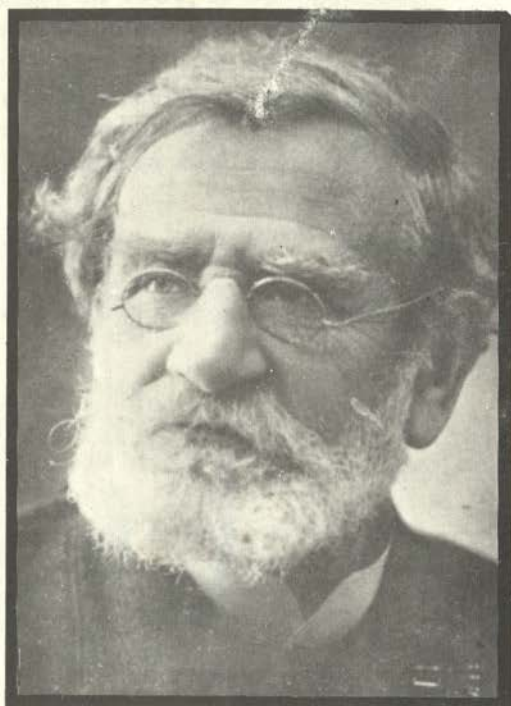
Aquí ejerció su profesión de abogado en el jirón Ayacucho N° 50. También cultivó el periodismo en el diario de su propiedad “La Patria”, que el 15 de noviembre de 1871 vendió en 25 mil soles al pintor Federico Torrico Mendiburu.

Algunos historiadores critican a Caivano por haber sido demasiado duro con Mariano Ignacio Prado y con Nicolás de Piérola. Es cuestión de puntos de vista; pero siempre debe tenerse presente que uno abandonó el país (para comprar armas) cuando más se le necesitaba y el otro, al asumir el mando de la nación, se transformó en jefe de las Fuerzas Armadas sin conocer nada de milicia, o en todo caso sin ser un profesional en la materia. Rechazó incluso el asesoramiento militar.

Quiso al Perú como a su propia patria e incluso enlazó su vida a la de una limeña, Adalguisa Marcone Olivera, en ceremonia realizada el 11 de abril de 1872 en la parroquia de San Lázaro. Apadrinó la boda Manuel Atanasio Fuentes y la madre de la desposada doña Carolina Olivera. Al año siguiente, el 25 de mayo, sería bautizada en la misma parroquia Blanca Luisa Timotea Cai-



Tommaso Caivano, abogado,
periodista historiador. En
1874 tenía su estudio en el
jirón Ayacucho N° 50.



Emilio Sequi hizo notable labor cultural a
través de periódicos y revistas, pero sobre
todo en su condición de profesor en la Uni-
versidad Nacional Mayor de San Marcos.
(Foto: *El Perú actual y las colonias extran-
jeras*. Lima, 1924.

vano Marcone, de cuatro meses y un día de nacida, a quien su padre, con el tiempo, le dedicaría el libro ya citado. La esposa del notable peruanista —Adalguisa Marcone— murió el 16 de diciembre de 1875 en Pisa. Volvió al Perú años después. En “El Orden” del 5 de mayo de 1881 se dice: “El señor Dr. Caivano, que mucho tiempo ha residido en Lima, acaba de regresar de Italia, trayéndonos un grueso volumen, resultado de sus meditaciones y del intenso dolor que ha preocupado su espíritu, a consecuencia de la muerte de su esposa. Un amigo común, nos ha obsequiado a nombre del autor un ejemplar de esta obra, cuyo título es *Religione e filosofia. I destine Umani*, Milán, 1881, un volumen en 4º de 423 páginas”.

En cuanto al libro sobre la guerra le fue difícil escribirlo. Para abordar el tema, comentaba el periódico genovés “Corriere Mercantile”, tuvo que visitar los lugares de las batallas cuando aún los chilenos ocupaban el país.

Se ausentó del Perú en la década del ochenta. En “La Tribuna” del 7 de febrero de 1884, se lee: “*Despedida.*— Tomás Caivano suplica a los amigos de quienes no haya podido despedirse, le comuniquen sus órdenes a Roma, donde le será grato complacerlas”. Antes había estado en Bolivia (1881), para lo cual hizo el viaje de Italia a Buenos Aires, y de allí siguiendo la ruta de la cordillera, llegó a La Paz.

Tomás Caivano levantó la voz por el Perú cuando nuestra patria nada podía ofrecer, de tal manera que no fue una posición de conveniencia la que asumió.



4— CREADORES DE FUENTES DE TRABAJO

4.1 *Industriales, agricultores y comerciantes*

La industria vitivinícola tuvo, en Chíncha, a Francisco Nagaro como a uno de sus representantes más destacados. En 1906 producía 9,000 hectolitros de vino. De igual empuje fue Nicola Grimaldi, quien llegó al Perú en 1875 y viajó por la costa peruana en un velero de su propiedad. En 1883 se estableció en Chíncha y fundó una casa comercial agrícola y vitivinícola. En Chíncha, también, realizaron intensa labor Antonio Solari, Giuseppe Allegranza, Giovanni Tori, Francesco Arena, Giovanni Risi, Pietro Navarro, Aurelio Peschiera, Giulio Bianchi, Gaetano Puccinelli, Elisa Oneto, Lorenzo Cánepa y Cristóforo Massa.

En Ica destacaron los hermanos Emanuele, Felice y Giuseppe Picasso, quienes se dedicaron a operaciones comerciales de importación y exportación, que extendieron a Huancavelica y Ayacucho. Tanto Emanuele como Felice se retiraron del negocio, y lo asumió solo Giuseppe, desaparecido el 11 de marzo de 1908. Productor de vino y pisco fue Filippo Zunini en sociedad con un compatriota de apellido Osella.

El ingeniero Filippo Zunini, graduado en Bélgica en la universidad de Lieja, arribó a nuestra patria en 1896 y prestó sus servicios profesionales en una hacienda. Después decidió trabajar por cuenta propia y arrendó la hacienda "Ocucaje" que posteriormente adquirió. Cultivó grandes extensiones de viñedos y creó la marca de vinos "Ocucaje", que poco a poco impuso en el mercado. La

Negociación Vitivinícola "Ocucaje", establecida en 1904, hizo conocer los productos "Tinto Extra", "Tinto Ocucaje", "Blanco Extra", "Blanco Seco", "Copa de Oro" (tipo Oporto) y "Aguardiente Puro" (16).

Lelio Pacciardi, en la obra *Impronte italiche nel Perú* (Lima, 1960), edición bilingüe, dice de nuestro personaje: "Una de sus actividades meritorias es la que desplegó en la búsqueda de la solución al problema del agua en el valle de Ica, aquejado desde tiempos inmemoriales por la insuficiencia del agua de avenida. En el afán de encontrar el modo de utilizar las aguas del subsuelo y después de muchas tentativas infructuosas, viajó a Estados Unidos e Italia para estudiar cómo podría adaptarse a las tierras del valle de Ica los resultados obtenidos en esos países. De Italia trajo equipos de perforación de pozos tubulares y en la hacienda *Ocucaje* antes y en otros fundos después, demostró cómo efectivamente era posible incrementar la agricultura del valle mediante el agua profunda".

Miembro distinguido de la colonia italiana en Ica fue asimismo Simón Nieri Baccelli. Llegó al Perú en la década del 70, pero en lugar de radicarse en Lima quiso tentar suerte en la fértil tierra iqueña; el tiempo demostraría que su elección fue la correcta. Es comprensible que el abrirse camino significase una tarea difícil, si tenemos en cuenta los modestos jornales que se pagaban. Pero como sus demás connacionales, a golpe de trabajo y renuncias a comodidades pudo ahorrar y empezar a darle vida a sus ilusiones. Logró con su esfuerzo mucho más que un regular pasar, como se puede comprobar en los libros notariales de Guillermo Fernald y Nicolás Sánchez Guerrero. Ventas de terrenos, transferencias de propiedades, son testimonios de una existencia próspera. Se casó

(16) Laos, Cipriano: *Lima, la ciudad de los virreyes. 1928-1929*, pág. 628.

en la parroquia de San Jerónimo y tuvo descendencia. Falleció el 21 de junio de 1899, de 48 años. La protocolización del inventario de sus bienes se realizó en octubre de 1910. Dos de sus hijos, Octavio y Julio César Nieri Cardona, fundaron “La Voz de Ica” el 10 de agosto de 1918.

“La Voz de Ica” era un periódico tabloide, que destacaba, fundamentalmente, el acontecer de la región. En aquella época los diarios de la capital —“El Comercio” y “La Prensa”— que eran los de mayor proyección, no llegaban oportunamente y se leían con varios días de atraso. Sólo en el segundo gobierno de Leguía se puso en marcha lo que él llamó “el ideal del camino”, es decir, dotar de vías de comunicación a los pueblos del Perú. Octavio Nieri realizó notable labor informativa mediante su periódico, que dirigió hasta 1957, año de su deceso. Se había iniciado como redactor en el diario “La Crónica”, en 1914, época en que el director era nada menos que Clemente Palma y su brazo derecho José Gálvez, por entonces ya poeta laureado y prestigioso articulista. Nieri adoptó el seudónimo de “Otto A. Nervice”. César Angeles Caballero (*Literatura Peruana. Ica.* 1969) dice al respecto: “La obra periodística de Octavio Nieri Cardona está basada en un refinado regionalismo, que busca el bien colectivo a través de intensas campañas moralizadoras y de solidaridad humana”.

Julio César Nieri, hermano de Octavio, fue también señalado periodista. En su condición de co-fundador de “La Voz de Ica”, trató mediante las páginas de su diario de las necesidades y esperanzas de la región, y luchó por todo lo que significase progreso para su tierra. Solía firmar sus artículos y crónicas con el seudónimo de “Petit Chroniquer” y suscribió, asimismo, la columna “Huacachinerías”, ocasión en que, según se comentaría después, “se ponían en solfa a las personalidades que pasaban la temporada en el balneario”. El periodismo era su pasión.

Colaboró en "El Comercio" y fundó, en 1921, la revista "Venus", que mantuvo con su esfuerzo personal y en "cuyas páginas estimuló a poetas y prosistas iqueños". No escapó a la tentación de escribir versos y los escribió bien. Luis Enrique Moreno Thellesen, iqueño como él y como él miembro de su generación, dijo que los versos de Julio César Nieri estaban "forjados en moldes de la escuela realista".

En Trujillo destacaron los hermanos Larco. José Alberto dejó su tierra, con destino al Perú, en 1860. Gobernaba el país Ramón Castilla y, por entonces, había oportunidad de trabajo para todos. Instaló un pequeño almacén "de sederías y confecciones" en el Portal de Escribanos y dos años después trajo a sus hermanos Rafael Víctor, Andrés, Antonio, Carmen y Nicolás (17).

En 1867 se establecieron en el valle de Chicama y compraron la hacienda "Chiquitoy" y poco más tarde (1878) los fundos "Tulape" y "Cepeda". La negociación quedaría por la muerte de Rafael y el retiro de Alberto, en manos de Andrés, quien "reunió todas sus propiedades bajo el nombre de hacienda *Roma*". Uno de los herederos de la fortuna Larco fue el filántropo Víctor Larco Herrera, quien contribuyó a organizar el manicomio de Magdalena.

Así como ellos, hubo otros italianos que también, en Trujillo, sobre la base de sus esfuerzos hicieron fortuna. Fueron los hermanos Virgilio, Andrés y Santiago Centenaro que "implantaron un alambique en la esquina de las calles Gamarra y Grau, en esa época Vindivil, y comenzaron su más tarde floreciente empresa industrial fabricando vinos y licores. Ellos eran los más fuertes compradores de alcohol de las haciendas vecinas" (18).

(17) Larco Herrera, Rafael: *Memorias*, Lima, 1947, pág. 9.

(18) Armas M., Juan L. E.: *Guía de Trujillo*, Trujillo, 1935, pág. 97.

Alberto Sommaruga, de profesión ingeniero, formó parte del personal de la hacienda "Chiquitoy". Su capacidad profesional y seriedad en el trabajo le ganaron pronta consideración. Decidido a independizarse dejó su empleo e instaló una curtiembre "e industrias derivadas que alcanzaron gran importancia".

En Trujillo igualmente surgió la capacidad empresarial de Luis Lombardi. Fundó, con éxito, "la primera fábrica de cerveza" de la ciudad, situada en la calle de La Merced. De igual manera Eduardo Mannuci, "farmacéutico de profesión", con el apoyo económico del comerciante Juan L. Armas, hacia 1925 fundó la fábrica de fósforos "La Estrella" (19).

Pero, el que se proyectó a mayores alturas fue Eugenio Callegari, genovés nacido el 9 de enero de 1863 en Mattarana. Arribó al Perú en 1877 y de Lima se trasladó a Trujillo en 1888, donde trabajó como operario de los hermanos Centenaro. En 1892 se independizó con un pequeño negocio de venta de vinos en el mercado. Su establecimiento se llamaba *Elefante Blanco*. "Tres años más tarde consolida su situación como industrial implantando la primera fábrica de fideos de la localidad; a los dos años ampliaba su negocio instalando baños públicos, tibios y fríos". En 1899 crea una fábrica de chocolates. En 1900 compra "unas tierras a las que nadie les daba importancia, colindante con la muralla y construye una casa de vecindad, impulsando así el sector de la población que hoy se conoce como *Bella Aurora*". En 1911 instala una fábrica de galletas y una refinería de azúcar. En 1920 transforma una vieja casa en el "Nuevo Hotel" en la calle de la Libertad. En 1927 compra una mansión a la familia Valderrama y después de serios arreglos de modernización surge el "Hotel Americano".

Callegari dejó catorce hijos.

(19) Armas, Juan L.: Opus cit., pág. 97.

Italiano también, alcalde de Chiclayo del 7 de enero de 1903 al 11 de noviembre de 1904, fue Virgilio Dall'Orso. Dueño de los fundos "Chucupe", "Collocí", "Vista Florida", "Morropillo", "Santa María", "La Gamarra", "Huamantanga", "La Capilla", "Sialupe", "Santa Victoria", "Cadape", "La Eureka", "Casa Blanca", "San Juan", "Cartagena", "Mira Concha", "El Cuyero", "El Palmo", "El Ciénego", situados "en el corazón del departamento", tuvo contacto permanente con la clase trabajadora y eso contribuyó a comprenderla.

Del él se dijo: "Ningún comerciante extranjero logró cimentar sus aspiraciones de progreso, tanto particulares como colectivas, como el señor Virgilio Dall'Orso. Su nombre se repite por infinidad de espíritus agradecidos y ha quedado ligado al progreso del departamento y de Chiclayo especialmente" (20).

Sus fundos producían arroz, caña, algodón, maíz, garbanzos, frejoles, pallares, lentejas.

A propósito de la tierra, las haciendas "Chacra Cerro" y "Constancia" fueron trabajadas, en calidad de propietarios, por Giuseppe Devescovi en el valle de Carabayllo en 1899. En el mismo valle fue constituida por la familia Canevaro la Sociedad Agrícola "Caudivilla", fundada en 1892. Estaba integrada por las haciendas "Caudivilla", "Concón", "Huacoy", "Pampa Libre", "Gallinazo", "San Pedro Alcántara" y "Punchauca". A Carabayllo estuvieron ligados, a través de las haciendas "El Naranjal" y "San Lorenzo", Francisco Talleri y Alberto Simonelli, respectivamente.

En Huacho, provincia de Chancay, la hacienda "El Ingenio" tuvo como propietarios a Giácomo Fumagalli,

(20) Miranda Ricardo A.: *Monografía general de departamento de Lambayeque*. Chiclayo 1927, pág. CVIII.

Pasquale Dall'Orto y Pietro Boggio. Producían azúcar y algodón. César y Antonio Cantelli laboraron la tierra (600 hectáreas) de la hacienda "Cuyo".

Dueño de la hacienda "Bocanegra" del Callao, en 1902, era Tommaso Valle; lo fueron después Giuseppe A. Cúneo y Eduardo Bosio.

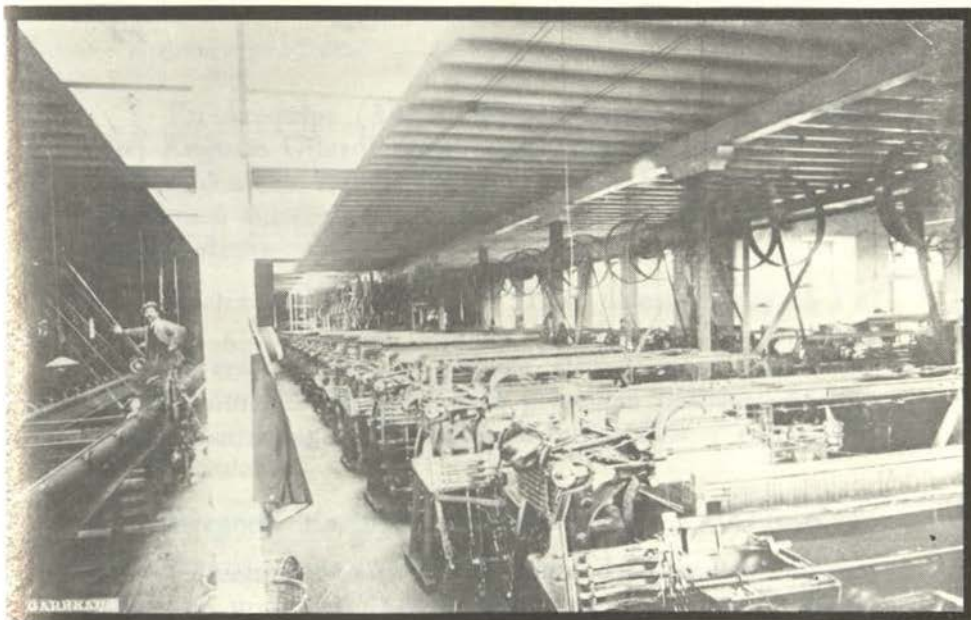
En 1906 eran locatarios de la hacienda "Villa" de Chorrillos, Giovanni Raviña y Luigi F. Cúneo.

De 1880 a 1895 la hacienda "Chacarilla del Estanque", situada en Surco, tuvo como animadores a Giacomino y Nicola Orezza. Lo mismo debe decirse de "San Benito", de 1,200 hectáreas, "de buen terreno cultivado", en Cañete, de Ambrosio, Giovanni y Luigi Nosiglia.

Integrados a la tierra, los italianos estuvieron por todas partes, haciéndola fructificar, creando fuentes de trabajo, a base de esfuerzos y tenacidad. Recordemos los nombres de Luigi Petriconi ("Patibamba" en Apurímac); N. B. Tealdo ("La Romilda" en Chanchamayo); Ernesto y Ricardo Lercari ("Pucayán" y "El diezmo", en Cerro de Pasco); y, entre otros, a Giobatta y Giacomino Cúneo ("Chocas" en Canta).

La Sociedad Minera "Italia", ubicada en Hualgayoc y fundada en 1907, fue impulsada por Rosalino Battifora, Giovanni Santolalla, Bartolomeo Boggio, Eugenio Bossio, Bartolomeo Carbone, Oreste Matellini y Nicola Roncaglio entre otros.

La colonia italiana de Iquitos estaba conformada, en 1902, por cincuenta y seis personas. En 1911 aumentó a cerca de trescientas. De aquel tiempo son los comerciantes Luigi Pinasco, Giuseppe Ratteri, Francesco Marchetti, Rutilio Bonaspetti, Saverio Gopolisio, Francesco Mauro, Bartolomeo Priano, Emilio Billi, Ampelio Ferrando, Gaetano Matidiesi, etc. Había asimismo constructores, tintoreros, maquinistas, músicos.



La fábrica de tejidos de Santa Catalina tuvo en Bartolomé Boggio a su cabeza rectora. Desde su fundación la empresa se proyectó de manera sobresaliente. (Album PERU, 1900. Garreaud).



Industria chinchana de vino, de la conocida firma Fratelli Nagaro. El poeta Domingo Martínez Luján escribió: "Y viva el vino, porque el vino tiene: notas, latidos, sentimientos, alas". (Foto de la Monografía vitivinícola del valle de Chincha, 1935. Fernando Lecaros).

En Arequipa (1911) Leopoldo Lucioni era floricultor; Augusto Gilardi arquitecto; Franceso Paronelli agricultor; Aurelio Vinelli farmacéutico; y Francesco Peroni, Francesco Agostini, Paolo M. Parodi y Cavallero Fratelli, importadores.

Costantino Parodi, en 1911, se desempeñaba en Puno como gerente de la Sociedad "La Industrial". Giobatta Beroldó era comerciante. Juliaca, situada en el mismo departamento, no era ajena a la presencia italiana; Andrea Ratti desarrollaba actividades de importador y exportador de mercadería.

Gregorio Martinelli en Andahuaylas y Abancay.

Es tiempo de cincelar la figura de Bartolomé Boggio Vigliani, un fuera de serie que desembarcó en el Callao en 1873, a los veinte años de edad. Era natural de Pollone. Para ganarse la vida trabajó en una farmacia, en condición de empleado. Pero era hombre de horizontes, inquieto, con visión de futuro. Dice Basadre que fue después iniciador "de una fundición de caracteres de imprenta, la primera quizá en América del Sur y la única que ha existido en el Perú". Y además "arrendatario durante un tiempo de la fábrica de tejidos de Amat, gestor de nuevas industrias como la fabricación de papel, fósforos, papel oleado y naipes" (21).

Cantinero en el Club Italiano desde 1885, fue, también, concesionario del bar y del restaurante del Club de la Unión. En 1888 se perfila como técnico textil y propietario de una pequeña fábrica en la que laboran sólo cinco operarios y él mismo se encarga de la tintorería. En 1889 se asoció con Manuel Peña Costas y Mariano Ignacio Prado Ugarteche. Nace de esa manera la Fábrica Nacional de Tejidos de "Santa Catalina" en una época di-

(21) *Historia de la República del Perú*. Editorial universitaria, tomo IX, pp. 172 y 174. Lima, 1969.

fácil, "cuando la industria textil peruana no parecía aún destinada a un gran desenvolvimiento" (22). En 1906 empleaba alrededor de 300 mil kilos de lana. Por entonces la planta industrial quedaba en la avenida Grau. En la *Reseña económica del Perú* de Carlos B. Cisneros, se afirma que producía casimires, paños, camisetas, frazadas, pañolones (23). En 1945 la empresa contaba con seiscientas personas, entre empleados, obreros y técnicos. Bartolomé Boggio vio así crecer y proyectarse hasta alturas insospechables lo que fue un modesto negocio. Falleció en 1953, a los cien años de edad.

Hubo dos personajes que trabajaron juntos y desarrollaron de esa manera su capacidad empresarial. Fueron Luis Sanguinetti y Andrea Dasso, quienes establecieron una fábrica de venta de madera con el nombre de "Sanguinetti y Dasso". Esto sucedió en 1892.

Dasso había llegado a nuestro país en 1875, procedente de Buenos Aires, como carpintero. Sanguinetti vino a temprana edad con sus padres, que eran "comerciantes acomodados". Sin embargo, no quiso la protección de la familia y decidió, por cuenta propia, abrir una tienda dedicada a la venta de calzado, que él mismo atendía. Después se unió a Dasso mediante el negocio de la madera y ambos lograron consideración en el ambiente comercial e industrial. Sanguinetti llegó a ser presidente del Banco Italiano y también de la Compañía de Seguros "El Perú" (24).

Hombre de iniciativas, de gran visión para la actividad comercial, fue Luigi Nicolini quien contribuyó al progreso de la industria en el país. En 1900 fundó el molino

(22) *El Perú Industrial*. Editorial Incazteca, Lima, 1924, p. sin numerar.

(23) Lima, 1906, imprenta "La Industria", pág. 183.

(24) *El Perú Industrial*, páginas sin numerar.

¡TARJETAS DE VISITA SIN IGUAL!

Imprenta de la Merced

237, ESPADEROS, 237

Peter Bacigalupi y Ca.

IMPRESORES.

ENCUADERNACION

Litografía

Grabados de todas clases

Sellos de Jefe

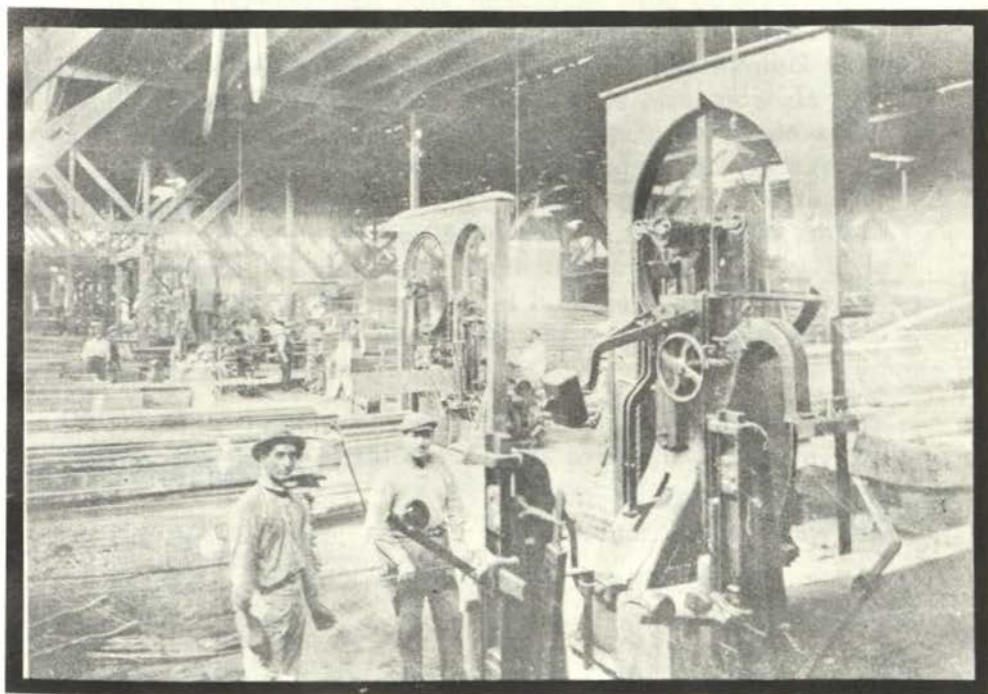
UTILES DE ESCRITORIO

Americanos é Ingleses

Surtido completo de libros
en blanco

Lámparas de Cuerda "Hitchcock"—Relojes americanos—Joyería falsa—Lapiceros de oro etc., etc.

Aviso de la imprenta de Peter Bacigalupi, en uno de los diarios de la capital. Bacigalupi fue el fundador de la revista "El Perú Ilustrado".



Fábrica de aserrar maderas de Luis Sanguinetti, otro de los laboriosos italianos que contribuyeron a industrializar el país.

“La Unión” para elaborar harina de trigo y fideos (25). Participó en el directorio de la fábrica de tejidos “La Bellota”. Otro italiano, Luis Suito, había establecido en Lima, en 1860, una industria similiar.

Hacia 1905, según Alejandro Garland, existían las curtiembres de Casinelli, José Nicolini, Angel Centenaro, Accamo y Ferruccio, César Machiavello, Luis Pigatti, Victorio Cánepa y Francisco Gotuzzo (26).

Figura sobresaliente en la industria de los helados y chocolates fue, a no dudarlo, Pietro D’Onofrio. Nació en Sessa Aurunca (provincia de Caserta) el 9 de enero de 1859 y con el propósito de lograr mejores horizontes viajó a nuestro país al que llegó en 1897 desde Estados Unidos con su esposa Raffaella Di Paolo y sus hijos Elvira, Antonio y Virginia. Comenzó desde abajo, voceando por las calles limeñas su modesto producto elaborado de manera artesanal. El primer local de su negocio estuvo situado en la calle Pachacamilla (5ta. cuadra del jirón Chancay), después en Granados (8va. cuadra del desaparecido jirón Cuzco) y por último en el jirón Tipuani (hoy Manuel Cuadros) con Sandía. Pronto su figura se hizo conocida y la calidad de sus helados ponderada. Estaba destinado a elevarse a niveles superiores. En 1908 abrió una fábrica de hielo que hizo posible ensanchar su negocio, hasta que sobre la base de su capacidad para el trabajo y su impulso creador, lo que nació como una necesidad para vivir se convirtió en un imperio: el imperio de los helados, de los chocolates y de otras golosinas que se venden en todo el territorio nacional.

Los italianos llegan y se quedan, no emigran, no se van. Prefieren establecerse en el país y contribuyen, con

(25) *Perú en cifras, 1944-1945*. Director-editor: Darío Sainte Marie S., p. 301.

(26) *Reseña industrial del Perú*, Lima, 1905 pág. XXVIII.

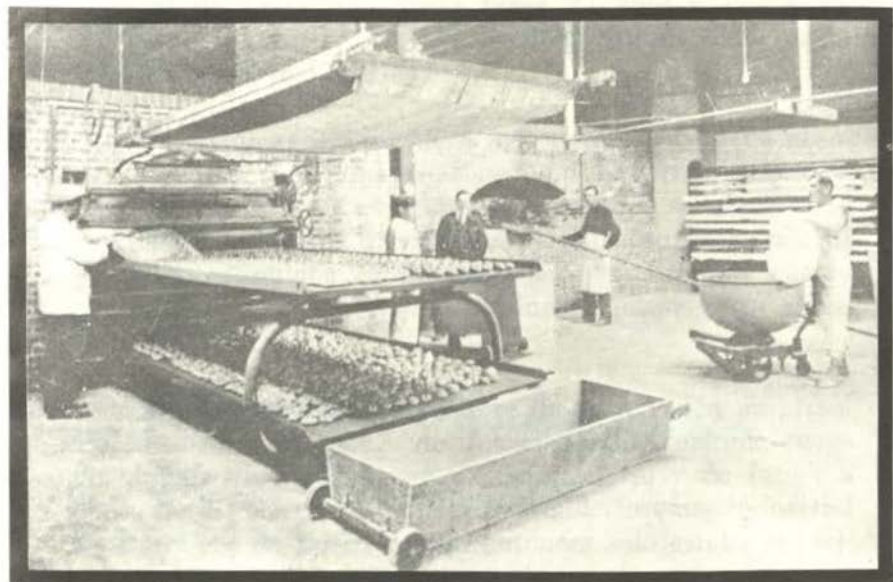
esfuerzo, a cincelar la imagen de su nueva tierra. Nunca se les considera extranjeros. Es el caso de todos aquellos de quienes venimos tratando, y de hombres como Angelo Pinasco, fundador de la fábrica de calzado "El Diamante", mediante la cual alcanzó merecido prestigio. La creó en 1925, en un local de la avenida Argentina, del que pronto salieron zapatos de variados modelos y calidad, no sólo para ser vendidos en Lima y el Callao sino en toda la república. La empresa en 1935 había crecido aceleradamente, tanto que daba trabajo a 120 obreros y 12 empleados. Usaba el cuero de su propia curtiembre. Con el tiempo, Pinasco fue co-propietario de los cines "Lido" y "Diamante" y de la Negociación Italo-Peruana "Nipsa". Había llegado al Perú el 31 de diciembre de 1910 y pronto se integró a la colectividad.

Lo mismo hicieron los hermanos Cogorno —Giácomo y Eugenio— de quienes hay mucho que decir, pero debemos ser necesariamente breves. Arribaron al Perú en 1910 y uniendo esfuerzos establecieron una panadería y al cabo de muchos años de trabajo sacrificado (1924) proyectaron la construcción de un molino en el Callao. Eugenio viajó a Italia para traer maquinaria y Giácomo se quedó en el puerto para continuar impulsando su negocio. En 1928 inauguraron el molino "Excelsior", situado en la calle Constitución del primer puerto.

También en el Callao se dejó sentir la presencia de otros italianos en la industria y el comercio. En 1862 surgió la fábrica de aserrar maderas de Enrique Ginocchio, en la avenida Sáenz Peña por entonces denominada calle de Lima. Tenía sucursales en la capital. De otro lado, en el negocio de las aguas gaseosas se hizo de prestigio la fábrica de Angel Derosi. Embotellaba la "Kola Chalaca", que presentó en las exposiciones de Lima (1892) y de Quito (1909) y le confirieron medallas de oro en reconocimiento a la calidad de su producto. A propósito del Callao, tres italianos llegaron a ser alcaldes de la ciudad:



Fábrica de aguas gaseosas de Angel Derosi, situada en la calle de Lima del primer puerto. Premiada con medalla de oro en las exposiciones de Lima (1892) y Quito (1909).



Interior de la panadería "Excelsior" de los hermanos Cogorno, negocio con el que iniciaron su honrosa vida de trabajo en el Perú. La panadería estuvo situada en la calle de Mantequería de Boza. (Foto: *El Perú actual y las colonias extranjeras*, Lima, 1924, E. Centurión Herrera).

Nicolás Ciurlizza (1872), Faustino Piaggio (1897-1898) y Nino Barazzoni (1909-1910), quien era médico graduado en Florencia en 1896.

Piaggio —genovés nacido en Quinto Almare en 1844— desembarcó en el puerto en abril de 1862. Su equipaje y su fortuna lo constituían su deseo de labrarse un futuro. Y empezó a trabajar en la casa “Costa Hermanos”, de Mercaderes y Portal de Botoneros de la capital. En los últimos meses de 1863 decide radicar en la Provincia Constitucional y empieza su labor en una tienda de abarrotes, como simple dependiente. Pero en 1871, es decir al cabo de ocho años, que fueron de ahorro y limitaciones extremas, se asocia con “Basso Hermanos” y surge la razón social “Basso Hermanos y Piaggio”, empresa formada por escritura pública ante el notario Remigio Deustua el 9 de octubre. Ese mismo año, el 19 de julio, había iniciado los trámites para casarse con Rosa Úlrica Basso, italiana, de 18 años, hija de Santiago Basso y de Ana Sanguinetti. En el pliego que se guarda en el Archivo Arzobispal de Lima manifiesta tener 27 años y descender de Manuel y Luisa Piaggio. Contrae matrimonio en la Iglesia Matriz del Callao.

El 13 de agosto de 1878 se convierte en dueño absoluto del negocio. Eduardo Basso, posiblemente emparentado con su suegro, en testimonio notarial señala: “cedo y traspaso todos mis derechos a D. Faustino Piaggio”. El precio se estipulaba en 68 mil soles, “a razón de cuatro mil soles al semestre”, que terminó de pagar hasta el último centavo.

Demostraría ser un hombre de gran visión empresarial. Poseedor, en 1883, de una apreciable fortuna, cuando el país vive una época de desconcierto y de fatiga a causa de la guerra, “adquirió el establecimiento industrial de Petróleos de Zorritos, que entonces sólo estaba reduci-

do a Malpaso Grande y Sechurita, pero él lo extendió a Bocapán" (27).

La gravitación de Faustino Piaggio en el progreso del Callao fue muy importante; por él se implantó la luz eléctrica en el puerto. Este hombre pugnaz, que triunfó porque fue un gran intuitivo, que supo cómo y dónde invertir su dinero, falleció el 9 de febrero de 1924.

Giuseppe Ratto es otro de los italianos que contribuyó a industrializar el país. Trabajó en la fábrica de calzado "El Aguila Americana", pero después se independizó para fundar la curtiembre "El Aguila" y, con el correr de los años, ampliar sus actividades con la creación de la fábrica de zapatos "El Inca". Su estancia en el Perú databa del 6 de abril de 1912, cuando desembarcó sin más capital que su deseo de abrirse camino.

Ahora debemos tratar de Giobatta Isola, nacido en Recco, provincia de Génova, en diciembre de 1850. Hijo de Gaetano Isola y de Vittoria Canessa, tuvo como norte hacer dinero y lo hizo a fuerza de trabajo. Capitán del buque mercante "Longo Coavo", al llegar al Perú en 1883 asumió la conducción de la nave "Fanny Hare". Pisa tierra —después de un largo y tedioso viaje ultramarino— con Santiago Gerbolini, un compatriota al que estaría ligado por inseparables lazos de amistad, y con quien inició el negocio de importación de carbón. Fueron muy duros esos años, de constante entrega a una actividad poco común en nuestro medio, que ambos llevaron adelante convencidos de ser una tarea rentable, de grandes y provechosas posibilidades. Así fue; laboraron pacientemente durante mucho tiempo hasta que Giobatta Isola asumió solo la conducción de la que ya era una empresa poderosa.

En 1895 había alcanzado vasta proyección y contaba con cinco naves para la importación. Una perdió en

(27) "El Porvenir del Perú", 7 de noviembre de 1896.



Diploma que acredita la calidad de los productos del establecimiento industrial de Zorritos, de Faustino Piaggio. Exposición Sudamericana de Berlín, 1884.



Molino de Santa Clara que estuvo situado en el jirón Ancash con la calle de las Carrozas. Su dueño Luis Josué Rainusso lo adornó con diecisiete esculturas de mármol. (Album PERU, 1900. Garraud)

un naufragio en Australia y otra en Oregón. En 1897 con el capital acumulado, producto de años de sacrificio y trabajo tesonero, Gio Batta Isola fundó la fábrica de tejidos "San Jacinto". Empresario conocido en el ambiente capitalino, en 1898 por sus dotes personales fue nombrado presidente del directorio del Banco Italiano, más tarde Banco de Crédito. También fue gestor de la fundación de la Compañía de Seguros "Italia", después "Atlas", asumió la presidencia de la Compañía Nacional de Recaudación y perteneció a otras empresas, como la negociación agrícola "Vista Alegre". El gobierno italiano le otorgó la condecoración Gran Oficial de la Corona de Italia. El *duce* Benito Mussolini le confirió el grado de Caballero dei Santi Maurizio y Lazzaro. Fue dueño de las haciendas "Barbadillo", "Trapiche", "Monte Albertino", "Bravo Grande", "Laguna" e "Inquisidor". De 1915 a 1924 ejerció la presidencia de la Sociedad Nacional de Industrias (28).

De singular capacidad fue, también, Flavio Gerbolini, nacido en Recco, Génova, en 1876. Se graduó de contador en el Real Instituto Técnico "Víctor Manuel II" y posteriormente siguió estudios en la Escuela Superior de Comercio de Venecia y en la Escuela Profesional de Hilería y Tejeduría de la ciudad de Prato, con el fin de especializarse en la industria textil. En Lima desde 1898, llamado por su padre Giácomo, asumió la dirección de la fábrica de tejidos "San Jacinto", que había surgido gracias a la capacidad de trabajo de Giobatta Isola. En 1903 ocupó igual posición expectante en la fábrica "La Victoria".

La fábrica de aguas gaseosas "Las Leonas" se funda en Lima en 1895 por Agostino, Emanuele, Antonio, Giuseppe y Adolfo Nosiglia, en un local de la calle Las

(28) Basadre, Jorge: *Historia de la república del Perú*. Editorial universitaria, Lima, 1969, tomo IX, pág. 173.— *El Perú Industrial*, págs. s.n.— *Nomenclator biográfico*, Lima, 1933, Tomo I.

Leonas, después Pataz N° 242. Una de sus bebidas mejor publicitadas en la década de 1920 fue el "Agua de Seltz". También fabricaban limonada, kola, soda, sifón, Ginger Ale, jarabes y champagne. Los Nosiglia, que rápidamente impusieron sus productos en el mercado, a la vez que hicieron fortuna ganaron, también, prestigio. Eso los animó en 1899 a incursionar en el negocio de abarrotes. Además importaban y exportaban productos. Ellos vendían conservas, artículos navales, herramientas para la agricultura, toda clase de elementos de ferretería y, sobre todo, el vino "San Benito" que producían en su hacienda del mismo nombre situada en Cañete.

En 1906 los importadores de abarrotes traían de todo para un país como el nuestro casi sin industrias: comestibles, conservas, vinos, licores, utensilios de cocina, porcelana, cristalería, etc. Era un grupo compacto, constituido por comerciantes que venían abriéndose camino desde el siglo pasado: Tomás Bresciani (Huallaga 157), Solari Hnos. (6ta. cuadra de Lima 184), Falcone Hnos. (1ra. cuadra de Callao 27), E. Mombello (4ta. cuadra de Huallaga 201), Nicolás Oreozzoli (2da. cuadra de Ucajali 180) y E. Rampini (4ta. cuadra de Huallaga 180) (29).

En ese año vendían telas y artículos para señoras Mazzini, Pellerano, Denegri, Cánepa. Vidrios: Genetelli, Vinos y licores: F. Molinié, Zunini y Osella (3ra. cuadra de Azángaro) y también Cánepa (7ma. de Callao).

Centremos nuestra visión en años más cercanos. En 1945 José y Vittorio Mazzini crearon la empresa o sociedad mercantil "Cartonería San Francisco" S.A., que dedicaron a la importación de papel, cartulina y cartón, con gran éxito porque cubría una necesidad del mercado local. Eran productos de calidad, lo que hizo floreciente el

(29) Cisneros, Carlos B.: *Reseña económica del Perú*. Lima, 1906, pág. 129.

negocio. A la vez, con el propósito de ampliar su acción comercial, fabrican maletas, carteras y maletines en cuero, cartón y material plástico.

Entre los italianos que llegaron al Perú en busca de mejores perspectivas de vida se halla Emanuele Ravettino. Desembarcó en el Callao en 1872, procedente de Génova. Tenía apenas diecisiete años. Desde agosto había asumido la conducción del país Manuel Pardo, a quien —con su insolencia tropera— los coroneles Tomás, Marceliano y Silvestre Gutiérrez infructuosamente trataron de cerrarle el paso a la presidencia. Las posibilidades de trabajo durante su gobierno se ampliaron para todos. Se empezó a respirar un aire de libertad irrestricta, amplia, sin cortapisas.

A los tres años de su estancia en Lima (1875), Ravettino fundó una pequeña fábrica de chocolates. La empresa formaba esquina con las calles el Tigre (1ra. cuadra del jirón Ayacucho) y Milagro (4ta. cuadra del jirón Ancash). La marca de sus productos —denominados “El Tigre”— se hizo pronto muy popular en la ciudad.

Emanuele Ravettino se incorporó rápidamente a nuestra comunidad y realizó, además, fecunda labor en la sociedad que agrupaba a sus connacionales. Contribuyó a la fundación del Hospital Italiano, que estuvo situado en la avenida Grau, frente a lo que fue el Politécnico “José Pardo”. Italiano al fin y al cabo, no podía dejar de ser bombero y, por tal razón, perteneció a la compañía “Roma”.

Casado con María Crovetto tuvo varios hijos: Emilio, Humberto y Rafael. Ellos se hicieron cargo de la fábrica al morir su padre el 26 de enero de 1925. Decidieron convertirla en sociedad colectiva, pero desde el año siguiente como sociedad anónima. El 10 de febrero de 1937, con el propósito de proyectarla mejor, dejaron el antiguo local, lleno de recuerdos de un pasado de es-

fuerzos, preocupaciones y logros, y se trasladaron a la avenida Bolivia. Producían chocolates en bollos y en tabletas, de canela especial marca "Tigre" y otros destinados a los niños, rotulados "Bebé" y "Pullman". Fabricaban la cocoa "Chocomel", que pronto se hizo popular en todos los hogares.

La revista "Variedades" (31.01.1925), al recordar a Emanuele Ravettino, dijo: "Obsequió últimamente, con motivo del centenario de la independencia, al Concejo Provincial una hermosa bandera, y con motivo del centenario de Ayacucho al jefe del Estado monedas centenarias de oro y plata. Ha hecho también valiosas donaciones a muchas entidades obreras y humanitarias de la capital".

La fábrica de chocolates "El Tigre" realiza aún sus actividades en su antiguo local de la avenida Bolivia.

El nombre de Rocco Pratolongo es también digno de evocación. Era de Génova, hijo de Vicente Pratolongo y de Teresa Oliva. El 7 de noviembre de 1851 hizo trámites ante la Curia Eclesiástica de Lima para contraer enlace con Cristina Aramburú Dorca, cuyos padres —Isidro Aramburú y Beatriz Dorca— dieron su consentimiento para la boda, porque la muchacha sólo tenía 15 años. Pratolongo declaró tener 32 años. Testificaron la soltería de ambos los comerciantes Luis Cotoletti, Bernardo Mazzini, Benito Dorca y Andrés Rey. El matrimonio se realizó en la parroquia de San Sebastián.

Rocco Pratolongo hizo dinero con el negocio de maderas. Su establecimiento o aserradero quedaba en la calle de la Cascarilla. Por la consideración personal que llegó a tener, fue cónsul general del Uruguay durante varios años. En el *Almanaque del comercio de Lima* (1876) figura como presidente de la Sociedad Italiana de Beneficencia; los demás cargos eran desempeñados por G. F. Chioino (vice-presidente); Carlos Scotto y Franco Giordano (inspectores); Achille Boggiano (tesorero); Carlo

Carenzi Galesi (secretario); y Nicola Nicolini y Tommaso Bresciani (vocales). El 15 de mayo de 1879 —según informaron los diarios— donó en nombre de los italianos residentes en Lima, la suma de S/. 14,653.40 para los gastos de la guerra. Se comprometió a entregar con el mismo fin S/. 815 mensuales.

Después por motivos de salud abandonó el país rumbo a Italia con su familia. Una seria dolencia pulmonar lo obligaba a dejar la ciudad donde había pasado gran parte de su vida y formado un hogar. El periódico "La Reacción" (22.04.1884) dio la noticia de su fallecimiento, ocurrido en Génova. Recordó su carácter expansivo y bondadoso, sus "finas maneras y porte distinguido", así como su calidad de comerciante. Su hijo Vicente se doctoró en letras en la Universidad de San Marcos en 1879, con una tesis sobre Las Cruzadas.

Pedro Bacigalupi (o Peter Bacigalupi) fue considerado siempre como ítalo-norteamericano, pero en realidad podría llamársele ítalo-peruano por los años de permanencia en este país al que se vinculó con una peruana por los lazos del matrimonio. En Lima se casó viudo ya, a los 26 años de edad, en octubre de 1881 con Rosaura Cubillas. Fundó una de las más notables revistas del siglo pasado, por su contenido y significación en el proceso cultural: "El Perú Ilustrado", cuyo primer número vio la luz el 14 de mayo de 1887 y el último el sábado 10 de setiembre de 1892. Su vocero tuvo varios directores; el primero fue Abel de la Encarnación Delgado, y siguieron después Hernán Velarde, Zenón Ramírez, Jorge M. Amézaga y Clorinda Matto de Turner. En sus páginas colaboraron Abelardo Gamarra, Pedro Paz Soldán y Unanue, Ricardo Rossel, Julio S. Hernández, Manuel González Prada, Carlos Germán Amézaga, Acisclo Villarán, Renato Morales, Federico Flores Galindo, Lastenia Larriva de Llona y Germán Leguía y Martínez, entre otros. La revista destacó mucho el aspecto gráfico con litografías de héroes,

magistrados, militares y de todos aquellos que contribuyeron a forjar la historia de la patria. Y, también, con la imagen de la capital y de las ciudades del interior. Dueño, además, de un almacén situado frente a la iglesia de La Merced, lo perdió a causa de un incendio que se produjo en sus instalaciones el 13 de enero de 1884. Era también “establecimiento tipográfico”.

Otra faceta de su espíritu de progreso es la vinculación que tuvo como agente de la Peruvian Telephone Co., que en setiembre de 1888 instaló las primeras líneas telefónicas en Lima.

Los hermanos Pietro y Carlo Fabbri se hicieron conocidos en la capital por su taller tipográfico y litográfico del jirón de la Unión N° 140 (30). Carlo no había aprendido el oficio en los talleres mismos, como aprendiz primero —en la práctica diaria y rutinaria— hasta llegar a maestro, sino en la Academia de Bellas Artes de Brera.

La competencia en Lima era muy grande. Así como ellos otras personas desarrollaban el mismo oficio y gozaban de merecida consideración: Eugenio Abele (Unión 224), Marcelo Badiola (3ra. cuadra de Chancay), Evaristo San Cristóval (Chancay 54) y Pablo Schindier (Carabaya).

En 1902, su hermano Pietro se retiró del negocio. Desde entonces —hombre conocido en el ambiente limeño— asume todas las tareas solo y logra mantener el prestigio de su establecimiento. Carlo Fabri era de Forli, Milán.

Los italianos, como los antiguos españoles, viajaron por todo el Perú. Andrea Malatesta, en el país desde 1856, antes de afincarse en Lima y fundar una fábrica de telas, estuvo en Ayacucho e Ica.

(30) Carrillo, Camilo N.: *Guía domiciliaria del vecindario de Lima, Callao, Chorrillos, Barranco y Miraflores*. Lima, 1896.

En 1913 Cesare de Luchi Lomellini con José Abel Montes Sobrino, Emilio Carezni y Mariano Ignacio Ferro fundaron, en el Cuzco, una empresa destinada a dotar de luz eléctrica a la ciudad, con cien mil soles de capital. La obra fue puesta en ejecución por el ingeniero Modesto Gilio, italiano como Lomellini, quien gracias a su laboriosidad entregó puntualmente la obra y el Cuzco fue iluminado el 24 de diciembre de 1914, en medio de la algarrabía de la población (31).

(31) Garmendia, Roberto: *El progreso del Cuzco (1900-1967)*, s. f., pág. 50.

5— MISIONEROS Y MARTIRES

5.1 *Fray Manuel Castrucci di Vernazza*

El 29 de agosto de 1845 zarpó del Callao, a bordo del bergantín "Elías", rumbo a Huanchaco, el padre Manuel Castrucci di Vernazza con el propósito de internarse —siguiendo el camino de Cajamarca, Chachapoyas y Moyobamba— a la región "de los infieles zaparos y gívaros, que habitan la región al N. del río Marañón, bañada por los ríos Pastaza, Tigre, Napo" (32).

El viaje, pleno de incidencias, como la de encontrarse con una enorme boa a la que los indios llaman Yacumama —20 metros de largo, cabeza cubierta de escamas— le dio la ocasión, más tarde, para contar sus aventuras en un folleto titulado *Viaje practicado desde el Callao hasta las misiones de las dos tribus de infieles zaparos y gívaros*" (1849).

Sus penalidades fueron muy grandes. Exploró los ríos Bombonaza, Tigre y Napo.

5.2 *Fray Julián Bovo di Revello*

Exploró el río Madre de Dios. Era un "hombre bastante erudito en historia y geografía". Su propósito fue muy amplio. Deseaba, y lo puso en práctica, no sólo "la reducción de los salvajes —dice Raimondi— sino también (efectuar) exploraciones científicas para dar a conocer la geografía y las producciones naturales de regiones poco exploradas, facilitar su colonización y la navegación y comercio de sus caudalosos ríos".

(32) Raimondi, Antonio: *El Perú*. Lima, 1879, tomo III, pág. 198.

En Lima desde 1846, tardó varios meses en informarse de las regiones que iba a explorar. Al año siguiente, situado en el Cuzco, se internó en la selva de Paucartambo y Madre de Dios con la valiosa ayuda del general Miguel Medina. Publicaría un interesante folleto titulado *Brillante porvenir del Cuzco o exposición de las esperanzas de engrandecimiento de este departamento y sus inmediatos* (1848).

El padre Bovo, religioso franciscano, misionero apostólico de propaganda fide, antes de llegar al Perú había estado en Chile, donde mediante los diarios se enteró de la labor desarrollada en las montañas del Perú por fray Manuel Plaza. Esas razones lo movieron a dirigirse a nuestro país.

En 1851 el padre Bovo di Revello se encontró con el viajero norteamericano Lardner Gibbon, quien se preparaba a explorar el río Madre de Dios. Ambos hicieron la misma jornada y sufrieron las penalidades propias de acceso a la difícil geografía que tenían que enfrentar.

El padre Bovo di Revello fue uno de los fundadores de la Sociedad Industrial de los valles de Paucartambo.

5.3 *Fray Giovanni Crisóstomo Cimini*

Padre franciscano como los anteriores, realizó intensa labor civilizadora en la selva; exploró los ríos Ucayali, Pachitea, Pozuzo y Apurímac.

En el Perú desde 1837, fue "uno de los restauradores en 1838" del convento de Ocopa del que en 1843 sería guardián. En 1847 se desempeñó como Prefecto y Comisario de Misiones del Ucayali. Siempre en contacto con los salvajes, a quienes trataba de incorporar a la civilización, fue asesinado por indios campas después de zozobrar la embarcación en la que navegaba en el Apurímac a fines de 1852 ó enero de 1853. Uno de sus acompañantes, contratado en Huanta en calidad de intérprete, con el propósito de robarle dijo a los selvícolas que el sacerdote

intentaba llevarse a sus mujeres e hijos. Cimini no estaba solo; lo acompañaban el hermano lego Amadios Bertona y el sacerdote español Feliciano Moretín. A los tres los eliminaron a flechazos (33).

5.4 Fray Samuel Mancini

En 1864 Samuel Mancini exploró el río Madre de Dios, conocido también como Amarumayo o “río de las serpientes”. Para conseguirlo tuvo que establecer relaciones con los indios, reacios a tener contacto con gente extraña. No escapaba a su conocimiento lo que significaba acercarse a los salvajes, el riesgo que corría su vida, pero aún así siempre continuó adelante con su labor catequizadora y de exploración.

Raimondi escribió al respecto: “Sin otra arma que la cruz y su voluntad, este intrépido misionero, después de haber visitado las misiones del Beni, dirigió sus pasos hacia el Occidente, penetrando en una región enteramente desconocida, y recorriendo una gran extensión de territorio, atravesó en su dilatado camino, diferentes países donde habitan varias tribus de salvajes; tales como los guacanaqas, machuis y toromonas. Dirigiéndose en seguida hacia el norte, penetró entre los araonas; y luego atravesando el gran río Madre de Dios que muchos misioneros indican con el nombre de *Mano*; y el padre Mancini con el río de *Manu-Tata*, entró en el país habitado por los pachuaras”.

Gracias a su empeño e intrepidez “pudo fundar un gran número de reducciones”. De aquella extraordinaria jornada trazó un mapa de gran utilidad, porque el padre Mancini no sólo se preocupó de señalar los ríos de la vas-

(33) Amich, José: *Historia de las misiones de convento de Santa Rosa de Ocopa*. Lima, 1975, editorial Milla Batres. La muerte de Cimini y sus compañeros está relatada en el capítulo IX.— También Antonio Raimondi se refiere a nuestro personaje en el tomo III de *El Perú*, Lima, 1879, capítulo VIII y última parte del capítulo XI.

ta región que recorrió, sino también de indicar el lugar donde habitaban las tribus que conoció.

5.5 *Un explorador laico: Gaetano Osculati*

La amazonía fue explorada también por el médico y naturalista Gaetano Osculati (1808-1884) en 1847. Partió de Quito el 7 de junio de ese año “para empezar su fatigoso viaje a la región oriental, donde debía padecer toda clase de penalidades”—según comentaba Antonio Raimondi. Su marcha a través de la selva, fatigosa y llena de peligros, se hizo a punta de coraje. Atravesó ríos y pantanos, soportó “lluvias diluviales”, fue abandonado por los guías indios, navegó el Napo en canoa y el 29 de noviembre llegó al Amazonas.

Al mes siguiente —después de tocar en Peruate, Caballococha y Loreto— arribó a la población brasileña de Tabatinga. Los informes recogidos y las muestras de plantas que con tanto afán logró reunir, fueron de gran utilidad para el libro que después, en 1850, editaría en Milán sobre su aventura en América (34). Al decir de Estuardo Núñez, el explorador Gaetano Osculati, “es el antecedente italiano más cercano a Antonio Raimondi, si descontamos la labor de exploración apostólica de los misioneros” (35).

Osculati había visitado por primera vez esta parte del continente en 1834. En Buenos Aires tomó el camino de las pampas, para luego, a través de la cordillera de los Andes aparecer en Valparaíso. De allí pasó a Lima y retornó a Europa. Entusiasmado al cabo de los años por lo que había leído de la selva amazónica, atravesó el istmo de Panamá y no se detuvo hasta visitar la ciudad de Guayaquil y Quito, de donde partiría hacia el Perú.

(34) Véase: Raimondi, Antonio: *El Perú*. Lima, 1879, tomo III, pp. 201 a 207.

(35) *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú*. Lima, 1989, pág. 513.

6— FIGURAS HISTORICAS

6.1 *Giuseppe Garibaldi y Antonio Malagrida*

Giuseppe Garibaldi Raimondi era ya celebrado combatiente cuando arribó al Callao el 5 de octubre de 1851, a bordo del vapor inglés "Bolivia". La pequeña nave de 500 toneladas de desplazamiento, capitaneada por J. II Pearson, procedía de Panamá e intermedios, contaba con 47 hombres de tripulación y traía sus bodegas repletas de carga para el comerciante Juan Mathinson. Comentaba "El Comercio" que estaban a bordo: H. U. Harrison y familia, A. Sinclair, J. Hymann, S. Michael, H. Canfield, H. Cohen, Guillermo Gaymer y el general Garibaldi. En la misma edición decía en un suelto: "Saludamos con placer al ilustre guerrero de la independencia de la República del Uruguay y de la unidad e independencia de Italia por su feliz arribo a esta capital".

Era un hombre maduro, de 44 años, con una aureola bien ganada de patriota. Abundante en experiencias y matices espirituales, llegaba sin embargo pobre de bolsa, menguada la faltriquera, por lo que dos italianos con muchos años de residencia en el Perú le ofrecieron su generosa hospitalidad. Uno de ellos, Antonio Caffari, médico de profesión, radicaba en el Callao y el otro, Antonio Malagrida, vivía en Lima.

Malagrida, a golpe de trabajo y de sacrificios supo abrirse camino en el país que le dio acogida. Vivía en una casa situada en la calle de Palacio y Polvos Azules y fue quien intervino, en tono apaciguador, en el incidente que el 6 de diciembre de 1851 protagonizaron Garibaldi y el francés Carlos Ledos, comerciante y articulista que en "El

Correo de Lima" se había referido peyorativamente a Italia y a los italianos. Ricardo Palma ha narrado con amplitud este caso en su tradición "Entre Garibaldi y yo".

Malagrida en esa época era un comerciante de sólida posición económica. Poseía almacenes y una tienda de loza. Era dueño del bergantín "Joven Federico" que capitaneaba su paisano Esteban Splivalo. Viejo ya, cansado por el trabajo y agotado por las enfermedades, decidió testar el 12 de agosto de 1855 ante el escribano Felipe Orellana. Nacido en Como, en el hogar de Antonio Malagrida y Margherita Gravelli, siendo joven tomó rumbo al Perú. Aquí hizo dinero, aquí siguieron su huella de laboriosidad y honradez sus hijos, entre ellos Federico, que honró su memoria. Murió el 14 de agosto de 1855.

6.2 Antonio Raimondi

Vivía en la calle de la Peña Horadada (9ª cuadra del jirón Junín) en los Barrios Altos, cerca a la plazuela que después llevaría su nombre. Casado con Adela Loli Castañeda, fue padre de dos mujeres y un varón: Enrique (1870-1933?), María (1873-1901) y Elvira (1880-1938), de quienes, con excepción de Elvira, poco o nada se sabe. Su matrimonio fue celebrado en Huaraz el 2 de setiembre de 1869, en una ceremonia apadrinada por Ernesto Malinowski y Angela Moreno de Gálvez, esposa del héroe de la Torre de la Merced, representada por Florencia Loli, hermana de la novia; él era un hombre de 43 años y ella estaba cerca a la treintena. Dos años antes el sabio milanés, en el dorso de una foto había escrito tímidamente: "A la muy distinguida señorita Adela Loli. Su admirador. A. Raimondi". Este documento gráfico se halla en el museo que lleva su nombre.

Durante la guerra con Chile tuvo que acudir a la legación de Italia, cuyo secretario y cónsul era Pietro Perolari Malmignati (autor, más tarde, de un libro sobre la

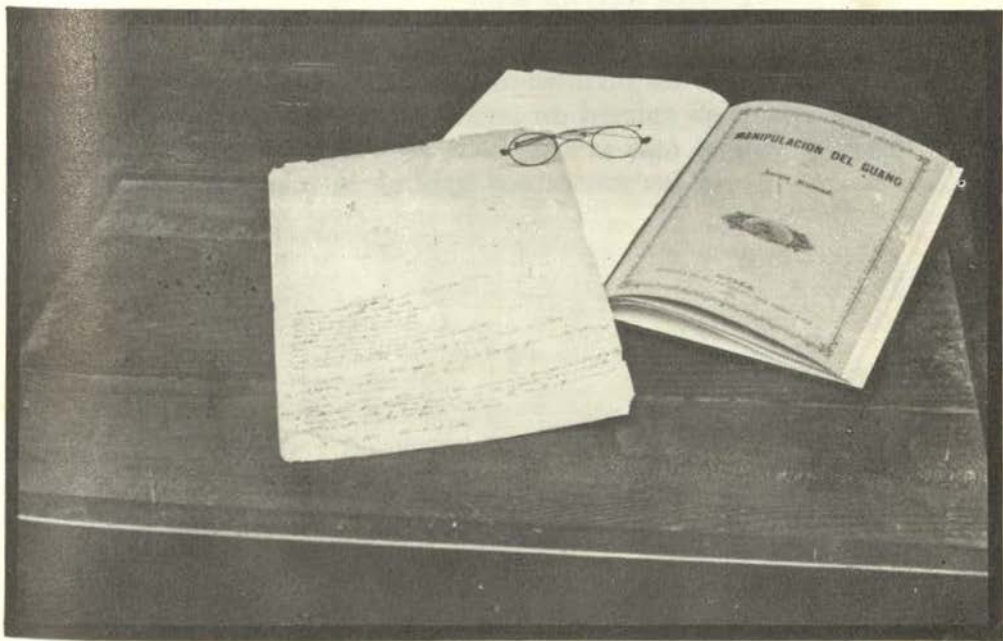
contienda: *Il Perú e i suoi tremendi giorni*, Milán, 1882) para solicitar un documento que acreditase su origen italiano. Era el 27 de julio de 1880 y nadie en Lima dejaba de temer una invasión; consideró necesario evitar que su colección de plantas y minerales cayese en poder del enemigo. En una hoja amarillenta, membretada, con sello y firma del cónsul se lee: "Patria: Italia; profesión: geólogo, consultor del Estado; edad: 54 años; estatura: 1.85; rostro: ovalado; pelo: castaño algo canoso; cejas: ralas; ojos: castaños; nariz: algo grande; boca: regular; barba: casi blanca".

En 1882 recibió la visita de su hermano Timoleone Raimondi Del'Acqua (1827-1894), cuya labor como sacerdote misionero en Oceanía desde 1852 al 58 fue muy destacada; después, en su condición de vicario y obispo de la colonia inglesa de Hong Kong llevó a cabo importante apostolado entre los chinos. La presencia de Timoleone en Lima fue acaso para Raimondi uno de los momentos más gratos de su vida, el reencuentro con el pasado y la familia.

Raimondi se preocupaba por los gastos diarios, quizá porque su situación económica nunca fue buena y tuvo, para acrecentar sus ingresos, que realizar muchas veces trabajos ajenos a su plan de investigación. Eso explicaría el Diario de Gastos que redactó, un cuaderno en cuyas páginas aparecen informes muy variados sobre el monto total que se requería en 1886 para subsistir, con especificaciones detalladas del costo del pan, mantequilla, leche y por el concepto de "plaza" o mercado. Ese cuaderno, originales de la obra *El Perú*, fotografías familiares y otros recuerdos se encuentran en el museo al que ya se ha hecho referencia. Murió de pulmonía en San Pedro de Lloc (Pacasmayo) el 26 de octubre de 1890, en la casa de su amigo, el médico Alessandro Arrigoni, con quien había desembarcado en el Callao —lleno de ilusiones y



Antonio Raimondi vivía en la calle de la
Peña Horadada (9ª cuadra del Jirón Junín)
en los Barrios Altos.



Objetos personales de Antonio Raimondi sobre el escritorio portátil que usaba en sus viajes.
(Museo A. Raimondi, Lima).

con un inmenso deseo de recorrer el país— el 28 de julio de 1850.

“La historia de mi trabajo —dijo en una oportunidad Raimondi— está tan ligada con la de mi vida, que bien pudiera decir que ambas empiezan juntas”.

Es importante leer las cartas que, entre 1862 y 1866, le escribió a Mariano Felipe Paz Soldán y que en 1940 fueron publicadas por Carlos Enrique Paz Soldán en la revista “Anales de la Sociedad Peruana de Historia de la Medicina” (enero-diciembre, volumen II, pp. 160-174). Están suscritas en Arequipa, Cuzco y Ayacucho. Son de carácter científico: habla de ríos, cordilleras, caminos, análisis de aguas minerales, de observaciones barométricas. En una de ellas, correspondiente a 1863, refiere su propósito de ascender al Misti, que no pudo realizar: “La ascensión al volcán la juzgo imposible por ahora porque está continuamente cubierto de nubes y además tiene nieve y a veces hasta más de la mitad”.

Aparte de su obra principal *El Perú*, dejó informes, memorias, artículos y estudios diversos sobre guano, botánica, minerales, aguas minerales y peritajes.

La vida de Raimondi transcurrió sin estridencias, calladamente. Siendo quien era, un hombre de ciencia, nunca hizo ostentación de su obra. Por algo se dice que los ríos profundos se deslizan con menos ruido.

7— NEGOCIOS Y NEGOCIANTES

7.1 La "Fonda Coppola"

El napolitano José Coppola no vino al Perú a la buena de Dios, en plan de aventura, en busca de oportunidad para labrarse un futuro: llegó con trabajo bien remunerado en el grupo de servidores subalternos que trajo a Lima desde España en 1806 José Fernando de Abascal, Caballero del Hábito de Santiago, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Gobernador, Virrey y Capitán General del Perú.

Coppola era cocinero, o, como dijo José Antonio de Lavalle, "un artista culinario de gran mérito".

El tiempo pasó, y con el advenimiento de la República, Coppola tomó su propio rumbo. Inauguró un establecimiento de venta de comida —la *Fonda Coppola*— situado en la calle de Espaderos. Allí llegaba lo mejor de la sociedad limeña, acostumbrada al buen comer y al buen conversar. Era la época en que, después de una copiosa cena, se tomaba una infusión de "mate del Paraguay".

El conductor del negocio debió haber sido un experto en el oficio que eligió, no de otra manera se explica que el virrey lo trajera a tierras de América para su exclusivo servicio. Pienso que un gastrónomo tan exigente como Brillant Savarin, de haber conocido al "bachiche", lo hubiese quizá elogiado en su *Fisiología del gusto*.

El nombre completo de este modesto italiano fue José Coppola Andueza. El 25 de mayo de 1850 dictó sus últimas disposiciones testamentarias al notario José Cubillas, muy conocido en la Lima de entonces. No era Coppo-

la un hombre rico sino una persona que, a base de muchos esfuerzos, había logrado un regular pasar. Dijo ser de estado soltero y no haber tenido hijo natural, pero nombraba por albacea y tenedora de sus bienes a María Leonarda Hermozo, que debía heredarlo "con la bendición de Dios y la mía". El conserje del palacio de gobierno, de nombre José Carrasco, le adeudaba 59 pesos "como resto de lo que importó la función celebrada en el año de ochocientos cuarenta y seis cuando ingresó al mando el Excmo. Sor Castilla". A la esposa del "Sordo de las Mantas", finada ya, le prestó "mil y más pesos", que le dio sin interés alguno.

El tiempo que le tocó vivir fue muy singular. Palma recordaba en carta dirigida al marqués de Laurencín, el 18 de agosto de 1909: "hasta 1850 se siguió viviendo en Lima la vida colonial como en los días de los virreyes Abascal y Pezuela. Nada cambió en mi tierra sino el tratamiento: al *excelentísimo señor Virrey* se le sustituyó con el *excelentísimo señor presidente*".

Lavalle dijo que la *Fonda Coppola*, al correr de los años, tomó el nombre de "Hotel Americano". Sin embargo, un aviso aparecido en "El Correo del Perú" (1871), señalaba como fecha de fundación 1828. Existía, pues, cuando Coppola realizaba su trabajo, que le dio tan merecida fama, y por el cual muchas veces se le ha recordado.

7.2 Capella, el heladero

Tomás Capella vino de lejos, de Génova, a hacer la América, pero con trabajo y honradez; cruzó el continente en 1835 cuando era un niño y no conocía ni lo más elemental de nuestro idioma.

De sus primeros años en Lima carezco de noticias. Todo hace suponer que ignoró el descanso y que su tarea fue continua, de la mañana a la noche, porque sólo

así se explica que lograrse progresar. En 1863 inauguró en Plateros de San Agustín un establecimiento dedicado a la venta de helados. Su negocio al parecer fue muy floreciente; dos años después le agregó un salón para familias y con el tiempo abrió otro local en Portal de Escribanos. Ya en 1872 tenía fama y era uno de los mejores de la ciudad; ese año ofrece para la temporada de verano "de noventa a cien clases de helados", a través de avisos en los diarios. Carlos Raygada en su *Guía musical del Perú* se refiere a un Capella, a quien llama "heladero filarmónico", que en esa época solía ofrecer conciertos en el mismo lugar donde llevaba a cabo su labor cotidiana, con el fin de entretener a la clientela. Parece que es el mismo Capella de esta nota.

No era el único en Lima, pues había gran competencia. Uno de los más celebrados de la capital era Broggi, de Unión N° 241, aunque otros también se dedicaban a lo mismo, de acuerdo a la relación que se puede apreciar en el *Directorio de Lima* que editaron Enrique Elmore y R. L. Holting.

Este italiano, natural de Chieri, cuya imagen se pierde como entre la bruma, tenía 60 años cuando murió de neumonía el 5 de agosto de 1883. Retrocedamos dos años para ampliar el perfil de quien endulzó la vida de niños, jóvenes y adultos del siglo pasado con sus Pezzi Forti, Spumanti di Venecia, Tutti Frutti, Biscotti Napolitani, como solía publicitar sus golosinas.

En el diario "El Orden" del 22 de setiembre de 1881, hay un comunicado dirigido por Tomás Capella a los pobladores. Sus dos sobrinos, que trajo de Europa cuando uno tenía once años y el otro doce, le han jugado una travesura. Qué mal pago para quien como él no sólo fue tío sino padre, y les dio "la mejor educación, una esmerada instrucción, además de hacerles aprender el idioma francés, la música y ramos de adornos que son necesarios pa-

ra la cultura social”, como expresaba públicamente en el periódico citado. “Mi bolsa —dijo— estaba abierta para ellos, la tenían a su disposición. Procuré además que su familia en Europa no careciera de nada”.

¿Qué había pasado? En agosto de 1879 dio a su apoderado el encargo de extender una escritura de promesa de venta a favor de sus sobrinos; pero en el documento, en lugar de consignarse soles de plata, se apuntó simplemente soles. Al momento de procederse a la operación expresada, sus sobrinos quisieron pagarle “en billetes depreciados”. En vez de 40 mil soles, todo se reducía a 2,500.

Aparte del informe tan personal de Capella, digno de meditación, es de gran interés también el referido a su negocio, que él en 1881 estimaba en 40 mil soles de plata, una suma bastante apreciable para la época. Todo no quedó allí. Tomás Santiago y Miguel Capella, sobrinos de Tomás Casimiro Capella, recurrieron al Juez de Letras para obligar a su tío a que cumpliera con el traspaso de su establecimiento. El notario Mariano Eugenio Terrazas (protocolo 954, año 1882, expediente 354), con fecha 7 de noviembre de 1882, notificó al pobre viejo que en cumplimiento de la sentencia ejecutoriada firmase la escritura de venta y obligación contraída con ambos sobrinos; como se negó a firmar, “en rebeldía se la tuvo como suscrita por él”.

Al “bachiche” le faltó prudencia, se confió demasiado y pronto la pena y el desengaño aceleraron su muerte, y Lima perdió así a un heladero original, que gustaba de la música y el canto, como buen titaliano.

7.3 Hoteles

Los italianos incursionaron también en el negocio de hotelería.

En Lima el hotel "Central" (Unión N° 260) era de Borontini Hnos.; el "Grand Hotel" (Huallaga N° 308-316) pertenecía a los hermanos Bertolotto; y el "Maury" (Carabaya N° 375), tenía como propietario a Angelo Bertolotto (36). Fundado por Pedro Maury en 1826, fue adquirido en 1851 por J. M. Lecaros Alcalde, quien falleció en 1892; esta circunstancia hizo que el "Maury" pasase a ser administrado por Maximiliano Lecaros hasta 1894. Traspasado a Bertolotto en 1895, el hotel continuaría —gracias a la calidad empresarial de su nuevo dueño— siendo el mejor de Lima. En 1906 Bertolotto lo dio, mediante igual operación, a José Viconti y Samuel Velásquez, propietario del "Restaurante Zoológico". En la publicidad de la revista "El Correo del Perú" de 1871, se dice del Maury: "Calle de Bodegones 197, Establecido en 1826. Conocido por sus comodidades, lujo, buen servicio y administración".

Ubiquémonos ahora en el balneario de La Punta, que en 1882 era un simple caserío donde muy pocas familias vivían en él; sólo de diciembre a marzo se colmaba de gente, tanto del puerto como de la capital. La tranquilidad de sus playas, aunque llenas de guijarros o cantos rodados, era un motivo de poderosa atracción para los veraneantes.

Residir en ese lugar soledoso toda la temporada significaba contar con mucha suerte, porque había nada más que un hotel con capacidad para treinta personas, a cargo de un austriaco a quien todos conocían como "Don Demetrio". En los últimos años del novecientos lo administraba Luigi Giampietri. En el Callao mismo existían sin embargo, dos hoteles: el "Génova" y el "Italia", situados en la calle de Constitución. Ninguno de los dos estaba "a la altura del puerto principal de la República". El precio

(36) *Directorio anual del Perú para 1910*. Pedro E. Paulet, tomo I, Lima, 1910.

del alojamiento y alimentación era de dos soles diarios; también se daba “comida a la carta” (37).

Chosica, de clima templado y seco, se distinguía por el “Gran Hotel de la Estación”, cuyo dueño, Fiorenzo Chiappo, lo había dotado de comodidades. Sus clientes solían ser personas recién casadas, que pasaban cortas temporadas de luna de miel. En algunas otras oportunidades acudían al hotel convalescientes en busca de sol, tranquilidad y reposo.

Tres italianos —Del Balzo, A. Bellotti y A. Novelli— eran dueños de un hotel en Pisco en los primeros años del siglo. En Islay (Mollendo) Oreste Del Santo y Camilo Marcone invirtieron su dinero en el “Hotel 4 de Julio” y en el “Hotel della Ferrovia”, respectivamente. En Arequipa se hizo popular el hotel “Central”, de Francesco Marcone.

La laguna de Huacachina (“la que llora sal”), de aguas verdosas y de un penetrante y desagradable olor, está situada a tres kilómetros de Ica. Mide 220 m. de largo y su ancho varía de 65 a 100 m. Su mayor profundidad es de cuatro metros.

Las propiedades curativas del agua de Huacachina —comentadas elogiosamente por los pobladores del departamento, así como por innumerables visitantes— dio origen a un estudio, en 1860, por encargo del gobierno, que realizaron Mariano Arosemena Quesada, José Eboli y Antonio Raimondi. Igual tarea llevaron a cabo en 1908 Manuel Tamayo y Carlos Alberto García y, en 1935, Edmundo Escomel. Los resultados del trabajo de Escomel pueden leerse en el opúsculo *El balneario de medicina de Huacachina*.

(37) *Guía ilustrada de Lima, Callao y sus alrededores*. Rómulo E. García y Carlos B. Cisneros. Imprenta del Estado, calle de la Rifa N° 58. Lima, 1898, pág. 44.

En 1911, cuando se publica el trabajo de Emilio Sequi y Enrico Calcagnoli sobre la vida de los italianos en el Perú, ya existía en Huacachina "El Gran Hotel" de Gio Batta Mossone y el "Hotel Perotti" que conducía la señora Angela Olivetti de Perotti. Era un lugar desierto al que se llegaba a caballo.

Visitaban Huacachina enfermos de la piel, o quienes padecían de reumatismo, o los atacados por el asma o aquellos que sufrían congestiones a los pulmones. Otros simplemente arribaban para gozar de la tranquilidad del ambiente, del buen clima y de la abundante comida.

7.4 *El Jardín Estrasburgo*

El 2 de enero de 1897 se proyectó por primera vez en Lima, en el Jardín Estrasburgo, situado en la Plaza de Armas, una película ante un numeroso grupo de personas entre las que se encontraba el presidente de la República Nicolás de Piérola y sus ministros.

Los periódicos de aquel tiempo comentaban muy entusiasmados el buen éxito que había tenido la "exhibición del Vitascopio", gracias a los empresarios C. F. Vifquain y W.H. Alexander. Decían: "Mr. Vifquain hizo funcionar el Vitascopio que es un aparato sencillo a primera vista, colocado en una especie de garita situada detrás de los espectadores a la distancia de unos treinta pies, de un lienzo blanco, bien terso, donde se fijan las imágenes y escenas lanzadas por el Vitascopio. Este aparato consta de un concentrador de luz eléctrica y el foco donde se coloca la fotografía que ha retratado todos los movimientos y figuras, y las que se hallan impresas en cintas transparentes de algunos pies de largo, que se desarrollan con una vertiginosa rapidez, fijando todas las variaciones y movimientos instantáneos y sucesivos de los cuerpos. El Vitascopio hace el efecto de un espejo, en el que se reproduce todo lo que pasa delante de él".

El cronista, que seguramente había asistido ganado también por la novedad y con el deseo de informar minuciosamente a sus lectores, es bastante preciso en su relato. Dijo que al empezar a proyectarse la película "se cortó la corriente eléctrica que iluminaba el recinto, cerrándose también el cuartucho en el que se dejó el foco de luz eléctrica indispensable, apareciendo en el lienzo, acto continuo, dos bailarinas empeñadas en un animado baile. Viose después una escena de pugilato, y rodar por el suelo uno de los combatientes, que se levantó en seguida, y dando las espaldas al espectador, continuó la lucha".

Es fácil imaginarse aquella función, si recordamos las películas de Charles Chaplín, que tanto hicieron reír hace ya muchos años a los niños, a los jóvenes y a los viejos.

El Estrasburgo, inaugurado un año antes, se había convertido en un acogedor lugar de reunión de la sociedad limeña. En 1897 era propietario de ese centro de esparcimiento el italiano Eugenio Boggio.

8— LA GUERRA DEL PACIFICO

8.1 *Sacrificio y abnegación*

Luigi Zolli se inmoló en defensa del Perú el 2 de noviembre de 1879 durante la captura de Pisagua por los chilenos. Diecinueve naves con diez mil soldados atacaron a la pequeña guarnición que comandaba el teniente coronel Isaac Recavarren, de tan brillante trayectoria en toda la contienda. Como en el puerto se encontraba desde el día anterior el general Juan Buendía, con el propósito de asistir al bautizo del "Cañón del Pueblo", en su condición de jefe del ejército se hizo cargo de la defensa.

Zolli luchó junto con los guardias nacionales en la ribera, exponiéndose a los cañonazos y, finalmente, cuando desembarcó la infantería fue herido y terminó suicidándose para evitar caer prisionero. Ernesto Rivas en sus *Episodios Nacionales* (Lima, 1903) da algunos informes de este personaje. Dice que llegó al Perú en 1868 y que se dedicó al comercio en diferentes zonas del país. En 1875 se casó en Ica y un año después se estableció en Pisagua. Su heroico comportamiento en el ataque del 2 de noviembre de 1879 está narrado en el artículo "Un peruano de corazón", incluido en el libro citado.

No se debe olvidar a Domingo Pescetto que fue el último alcalde de Arica. Lo unía al coronel Francisco Bolognesi una sincera amistad. Bloqueado el puerto era imposible que barcos nacionales tuviesen ocasión de arribar a los muelles, por el intenso fuego de artillería de la fuerza invasora; en este sentido, nada se pudo hacer por dotar de lo indispensable durante algún tiempo a los hom-

bres de la guarnición heroica desde la capital. El jefe de la plaza se vio entonces en la necesidad de acudir a Pescetto, expresa Gerardo Vargas (*La batalla de Arica, 1921*), con el propósito de “arbitrarse dinero para el pré de sus soldados”. Y agrega: “había hecho del Perú su segunda patria”. Era de Savona; fue no sólo burgomaestre de Arica sino en una oportunidad miembro de la Beneficencia Pública. Ocupaba una espléndida posición en el medio comercial y en el ambiente social de la ciudad. Muerto Bolognesi el 7 de junio (1880), Pescetto cuidó el cadáver de su amigo y pudo así salvarlo de las hordas chilenas. Téngase presente que según Roque Sáenz Peña en sus “Recuerdos del asalto de Arica” (revista “Juventud”, Arequipa, 1906) el cadáver de Bolognesi fue profanado; él vio cómo los bolsillos del pantalón del héroe fueron “vuelto hacia afuera” y cómo “se le había despojado de la chaquetilla y de las botas”. La acción de Pescetto fue pues, en tales circunstancias, de mucho riesgo pero afortunadamente pudo preservar los restos del ilustre soldado.

He señalado a algunos italianos que murieron a causa de la guerra con Chile; debo añadir otro nombre, el de Pedro Luis Storace Merlini, tercer maquinista de la corbeta “Unión” que rindió su vida a bordo de la lancha “Urcos” en el Callao el 16 de setiembre de 1880 en un enfrentamiento con torpederas enemigas.

8.2 *Compañías de bomberos*

La bomba “Roma” debió su fundación a la presencia en 1866, en la bahía del Callao, de la escuadra española del almirante Casto Méndez Núñez. Amenazado el puerto con ser bombardeado, el ciudadano Emilio Longhi decidió de acuerdo con sus connacionales crear un cuerpo de bomberos, por lo que comunicó la iniciativa a las autoridades, y poco después procedió a hacer sus ejercicios en la Plaza de Armas.

El suceso fue comentado con mucho entusiasmo y cariño por el vecindario. La naciente institución estuvo integrada por 272 personas, habiendo sido compuesta su primera directiva de la manera siguiente: comandante Francesco Cipriani, vice-comandante Emilio Longhi, jefe administrador Carlos Gómez, secretario tesorero José Profumo, asistente Flavio Giacometti, y tenientes José Molgora, Angel Nicoletti, Matteo Graziani, José Ottone, Luis Rivera, Juan Matellini y Guillermo Raineri.

La participación de los voluntarios de la "Roma" durante el combate del 2 de mayo fue oportuna y con gran sentido de sacrificio. El presidente Mariano Ignacio Prado, en reconocimiento de los servicios prestados a la nación obsequió a la institución una bomba de brazos y otro material de trabajo, y a los bomberos una cinta de honor.

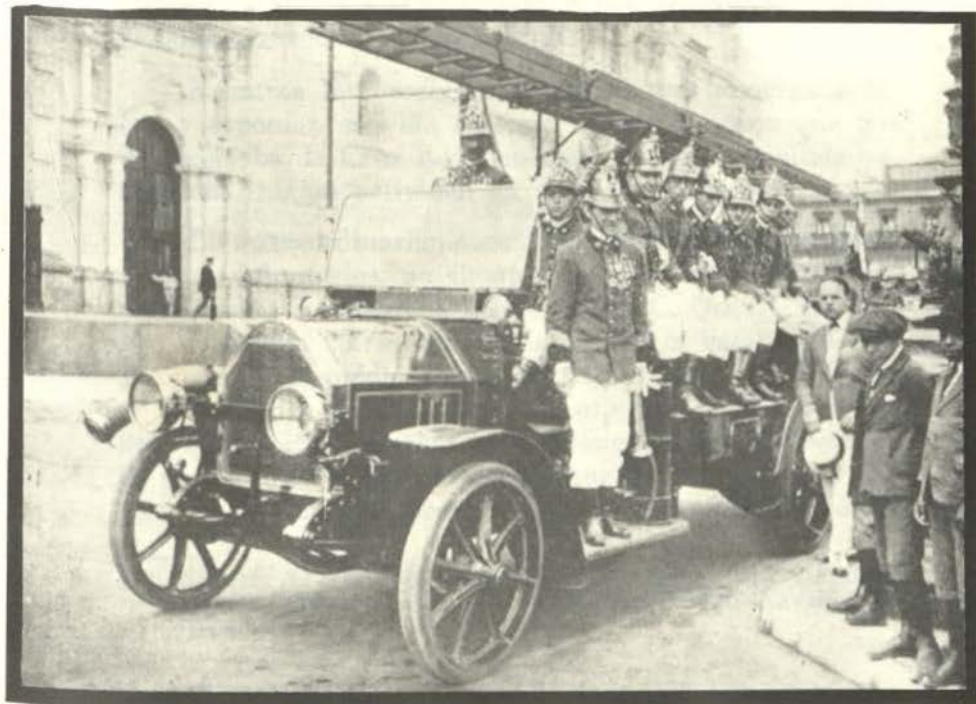
En 1876 su junta directiva estaba formada así: Presidente honorario, Rafael Canevaro; capitán comandante, José Varesi; primer teniente tesorero, Felipe Chioino; teniente secretario, Bartolo Carbone; teniente de la sección mangueras, Luis Lastretto; teniente de bomba, Agustín Ferrari; teniente de escalas, Federico Gavarza; sargento de mangueras, N. Accame; sargento de bomba, José Ferrari; y de escalas, Romualdo Risso. Personal activo: 130; personal honorario: 159. Total 289 (38).

También los bomberos de la "Roma" prestaron ayuda humanitaria durante las batallas de San Juan y Miraflores, el 13 y 15 de enero de 1881. Organizaron hospitales de emergencia en el Palacio de la Exposición y en el cuartel de Santa Sofía, cuyo local existe aún en la avenida Grau. Además con los integrantes de las bombas francesa e inglesa formaron una guardia urbana que rechazó a los malhechores que "devastaban e incendiaban el barrio chino". Treinta hombres de la "Roma", en "las pri-

(38) *Almanaque del comercio de Lima*. Lima, 1876, pág. 227.



Grupo de bomberos de la "Roma" en 1880. Sus voluntarios tuvieron destacada participación en 1866 y durante la guerra con Chile en 1879. (Foto: *El Perú actual y las colonias extranjeras*. Lima, 1924. E. Centurión Herrera).



Antiguo equipo de la bomba "Roma" que hoy nos parece elemental, pero que en su tiempo significó lo mejor.

meras horas del 17" de ese mes de enero recibieron armas y el encargo de dispersar "prontamente a la canalla". Desarmaron a los revoltosos, recuperaron gran parte de lo robado y lo devolvieron a sus dueños. "En medio de estas acciones tan brillantes murió Giuseppe Garriva de un balazo en la cabeza; fueron heridos Buccicardi y Lavaggi" -comentó Tomás Caivano (39).

Otra compañía de bomberos fundada por italianos fue la "Garibaldi" de Chorrillos, que inició sus actividades el 9 de octubre de 1872 con cincuenta asociados. Durante la guerra con Chile un grupo de ellos fue apresado (13.01.1881) por las tropas invasoras y al amanecer del siguiente día pasados por las armas. Sólo uno se salvó al haber ofrecido dinero al jefe del piquete ejecutor. Recordemos a estos mártires: Erico Nerini, Angelo Cipollini, Angelo Descalzi, Paolo Marzán, Giovanni Battista Leonardi, Egidio Valentini, Giovanni Ognio, Filippo Borgio (o Bargna), Luca Chiappe, Paolo Risso, Giuseppe Orengo, Lorenzo Astrona y Giovanni Poli.

Mientras los bomberos cumplían tan arriesgada labor y exponían su vida ante un ejército invasor que nada respetaba, la Cruz Roja, en medio de sus posibilidades, realizaba intensa actividad en bien de los heridos.

Lo extraordinariamente raro era que llegó a tener muchos voluntarios, no siempre médicos ni auxiliares especializados. El cirujano inglés Albert C. Queely, del buque de guerra "Triumph", después de la batalla de San Juan con otros médicos de igual nacionalidad marchó desde el Callao a Lima, por orden superior, para colaborar con sus colegas peruanos en la asistencia de los heridos. Se presentó en el edificio del Parque de la Exposición. El comentario que hizo después fue el siguiente: "Había un

(39) *Historia de la guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia*. Tomás Caivano, edición facsimilar del Museo Naval, 1976, págs. 453/4.

gran personal de oficiales médicos y ayudantes en el hospital, asistidos por unas cuantas Hermanas de la Caridad, pero me pareció ser bastante inadecuado para el gran número de pacientes; además, *la mayor parte del personal desapareció tan pronto como se esparció el informe de que el enemigo estaba viniendo y subsecuentemente descubrí que muchos hombres que se habían enrolado en la Cruz Roja habían actuado meramente por motivos de seguridad personal*". (40)

Así fue como se cobijaron en la Cruz Roja hombres que podían batirse en las trincheras, gente sana y fuerte; pero que al amparo de sus relaciones familiares (un político, un militar, un diplomático) encontraron la manera de eludir sus responsabilidades.

Y sin embargo extranjeros que bien podían haberse eximido de estar en las líneas de fuego dieron el pecho y sucumbieron.

También la "Garibaldi" N° 3 del Callao era italiana. Inició sus actividades el 25 de enero de 1873 con el nombre de "Compagnia italiana di pompieri volontari Garibaldi". Sus primeros miembros fueron Andrés Dall'Orso, Luis Solari, Elías Noce, Francisco Zoppi, Esteban Botto, Luis Toso, Luis Brichetti, Natalio Facco, Tomás Battifora, Francisco Botto, Gio Batta Gazzolo, Luis Botto, Juan Costa, Bartolomé Canale, Giobatta Parodi, Antonio Bonino y David Zattera, además del peruano Luis Bossio (41).

La bomba "Italia" N° 2 del Callao, fundada el 28 de octubre de 1868, fue llamada "Bellavista" pero en

(40) "Informes sobre la defensa de Lima", en la revista SAN MARCOS, Lima, 1979, número 20, págs. 63 a 134.

(41) Malatesta, René: *Semblanza de la Compañía Nacional de bomberos voluntarios "Garibaldi" N° 3 Callao. (1873-1954)*. Callao, 1953.

1875 se le cambió el nombre por el de "Italia". Su primera junta directiva estuvo conformada por Giovanni Battista Bollo, capitán; Biagio Carcovich, Alessandro Gabrieli y Gaetano Poggi, tenientes; Tommaso Radavero, secretario; Faustino Piaggio, ayudante; y Ambrogio Nosi-glia, tesorero.

Tanto la "Garibaldi" como la "Italia" prestaron invalorables servicios a la comunidad durante los bombardeos a que fue sometido el puerto por la escuadra al mando del almirante Galvarino Riveros en 1880.

9— MEDICOS Y FARMACEUTICOS

Hermilio Valdizán, Raúl Porras y Juan B. Lastres destacaron el aporte de José Salvani y Pedro Belomo en la lucha contra la viruela, mediante el fluido vacuno que aplicaron en los primeros años del siglo XIX en Lima y otras poblaciones; y el trabajo realizado en igual sentido por Félix Devoti, que fue además uno de los fundadores del colegio de medicina de San Fernando (42).

Todos hicieron obra en bien de la comunidad. Quiero recordar a José Antonio Caffari de Barge, Pedro Bertonielli, Ernesto Mazzei, José Gariazzo, Egidio Fanchiotti (farmacéutico) y Nino Barazzoni.

9.1 José Antonio Caffari

Llegó al Perú en calidad de miembro del servicio de sanidad del ejército de Bolívar y concluida la lucha por la independencia se quedó en el Callao. Bien pudo haberse instalado en Lima y —profesional de prestigio— hacerse al poco tiempo de una selecta clientela. La sociedad porteña del primer tercio del siglo pasado, con prolongaciones hasta 1862, estaba constituida mayormente por gente modestísima. Caffari sólo deseaba brindar su concurso a la comunidad y empezó a vivir en una amplia huerta que después sería conocida como “Jardín Schiantarelli”.

(42) Valdizán, Hermilio: *Los médicos italianos en el Perú*. Lima, 1924.— Porras, Raúl: “*Los viajeros italianos en el Perú*”, en “*Letras peruanas*” N° 9, junio de 1953.— Lastres, Juan B.: *Historia de la medicina peruana (La medicina en la República)*, volumen III, Lima, 1951.

En ese viejo solar, enclavado en los extramuros de la ciudad, daría posada al apóstol de la unificación italiana Giuseppe Garibaldi, desde el 5 de octubre de 1851, fecha de su arribo al Callao, hasta el 26 de octubre de 1852 en que se ausentó del Perú.

El 12 de octubre de 1844 Caffari, natural de Pinerolo, fue nombrado médico de sanidad y cirujano del Callao (43). Perteneció a la Sociedad de Beneficencia. En 1853 residía en la casa N° 14 de la calle de Pescadores (tercera cuadra de Constitución). Quizá la areté griega, por su vigoroso significado, sirva de ejemplo para retratar todo lo que él valía.

Sequi y Calcagnoli sostienen que el doctor Caffari falleció en 1878, "de más de ochenta años". Lo mismo escribe Juan B. Lastres (*La cultura peruana y la obra de los médicos en la emancipación*, Lima, 1954). En realidad, falleció el 9 de setiembre de 1886, según su losa sepulcral, de 85 años. Pero en su partida de defunción de la parroquia Matriz se apunta que tenía 90 años.

Años más, años menos, lo cierto es que tuvo una existencia longeva. El había visto desaparecer a colegas eminentes como Cayetano Heredia, Miguel Evaristo de los Ríos, Marcelino Aranda, José Manuel Valdés y tantos otros. Acaso se preguntara muchas veces, haciendo suya una frase de Erasmo, si podía "haber algo más dulce y más precioso que la vida".

A propósito de la huerta de propiedad del doctor Caffari es necesario hacer algunas precisiones. En 1866 la alquiló, por diez pesos mensuales, a un ciudadano francés de nombre Michel Dulog. El contrato se suscribió ante el notario Santiago Rosas. El 15 de julio de 1875 firmó un documento de locación del mismo huerto a favor de Ma-

(43) Documento 183, legajo 13, carpeta 46, año 1845. Archivo Histórico Militar.

ría Juana Staff, en estos términos: “Yo Antonio Caffari doy en arrendamiento de doña María Juana Staff, mi huerto situado entre las calles de Ayacucho y el Uruguay por el término de cinco años con la pensión de la conductiva mensual anticipada de diecinueve soles”. El inquilino se comprometía a “conservar los cercos y todos los árboles frutales y demás existencias”. Firmaron ante el notario Alejandro Deustua.

Al año siguiente —6 de julio de 1876— suscribió, Caffari, otro contrato. Esta vez con Nicolás Vario por una merced conductiva de 40 soles mensuales y por nueve años, que se cumplirían el 1º de julio de 1885.

El tiempo de este compromiso no se cumplió en su totalidad, seguramente por mutuo acuerdo de las partes. Porque el 19 de febrero de 1884 Antonio Caffari —un anciano venerable de 85 años —arrendó a Domingo Schiantarelli (comerciante) su casa-huerta de la calle Constitución— “antes Alameda”, dice el protocolo 1084, folio 40 v. del notario Alejandro Deustua. No incluía una finca anexa “situada a la derecha, entrando a la finca por la Alameda”, que comprendía cuatro habitaciones, con “entrada especial por la calle Uruguay”.

El contrato era por diez años forzosos desde el 1º de mayo de 1884 hasta el 30 de abril de 1894. Arrendamiento: Veinte “soles fuertes de plata pagados mensualmente en moneda efectiva”. Schiantarelli se comprometía a cercar con paredes de quincha la huerta.

La 10ª disposición decía: “En caso de venta del fundo, el nuevo propietario no podrá molestar al inquilino y respetará y cumplirá este contrato”.

Firmaron como testigos: David Profumo, Genaro Arnaiz y Blas Sichich.

¿Cómo un hombre de tanta edad podía firmar un contrato *forzoso* de diez años? Pienso que se estaban apro-

vechando de sus años y eso resuta evidente con la información que vamos a leer. El 11 de noviembre de 1885 otorgó Caffari escritura de "ampliación de arrendamiento" ante el mismo notario Alejandro Deustua (protocolo 1085, folio 1061). Como pretenden, tanto el notario como el inquilino guardar las formas, se establece en el documento que Caffari está "en pleno goce de sus facultades intelectuales, no obstante sus noventa y un años de edad".

Por medio de este escandaloso documento le dio en arriendo también "todo el terreno cercado de mi propiedad, que linda con las calles de Uruguay, Junín y Ayacucho que contiene cinco cuartos y que se encuentra al respaldo de la finca antes anotada". En ese pequeño espacio había árboles frutales, higueras y doce plantas de uva.

El contrato modificaba algunas cláusulas del anterior y dejaba intactas otras; por ejemplo: "el término del arrendamiento, tanto para la finca escriturada el 19 de febrero de 1884" como el que se estaba por suscribir, no era ya de diez años sino "de veinte años forzosos".

El 30 de abril de 1904, "se considerará vencido el término de la locación para ambas fincas". Alquiler: 27 soles "fuertes de plata" mensuales.

Como se aprecia, ambos contratos fueron una estafa. La firma del doctor Caffari, debido a su avanzada edad, es casi un garabato.

¿Y la familia de Caffari? Su esposa, Rosario Arriaga, era piurana. Según su testamento del 13 de octubre de 1878 que firmó ante el notario Alejandro Deustua, tenía 67 años. Estaba enferma en cama. Declaró que de su matrimonio con Caffari tuvo "varios hijos, de los cuales sólo vive doña Mercedes Caffari, esposa de D. Carlos Sivett". Los otros fallecieron "sin descendencia alguna en la menor edad". Expuso que ni ella ni su esposo lleva-

ron bienes a la sociedad conyugal. Dejó constancia que sus bienes propios o gananciales eran un terreno de 5,000 varas cuadradas en el costado de la alameda en que termina la calle Constitución; un terreno de 2,500 varas cuadradas al “respaldo del anterior” en la calle Uruguay; una finca en la calle de Lima, así como la casa en la que habitaba, es decir, Constitución 153.

Nombró por albaceas en primer término a Juan Guillermo More —futuro mártir de Arica— y a Ricardo Rossel, más tarde destacado hombre de letras.

Finalmente expresó haber criado como hija a Lucinda Otiniano, por lo que recomendaba a su heredera universal Mercedes Caffari que la aliviase en sus necesidades, y que además le diera “por vía de legado la cantidad de trescientos soles”.

Mercedes Caffari había nacido en Ayacucho. No bien falleció su padre solicitó un préstamo de 1,500 soles de plata a un señor José Corbella, “pagaderos en un año con intereses de 27 soles mensuales por el monto total”. Firmaron el documento el 9 de diciembre de 1886. Ella dejó en garantía una finca de la calle de Lima.

9.2 *Pedro Bertonelli*

Pedro Bertonelli vino con diploma de médico en 1866, cuando los españoles se preparaban a bombardear el Callao. Prestó su colaboración en el servicio de sanidad y después revalidó su título profesional, instalándose en el jirón Huallaga N° 52 para atender a sus pacientes. Mas no sólo brindaba sus servicios a quienes podían cancelar sus honorarios, sino también a las personas que carecían de medios económicos. Mediante un aviso publicado en “El Nacional” del 14 de marzo de 1879, expresaba que daba “consultas gratis a los pobres todos los días de 7 a 8 de la mañana en la Botica Peruana, calle de Trujillo N° 73, Abajo el Puente”. Durante la guerra de Chi-

le contra el Perú y Bolivia prestó su importante concurso en la batalla de Tacna (26.05.1880) y en la defensa de Lima el 13 y 15 de enero de 1881.

9.3 *Ernesto Mazzei*

Su presencia entre nosotros fue comentada así por "El Nacional" del 22 de agosto de 1876: "El afamado oculista Dr. Ernesto Mazzei, se halla en esta capital desde el domingo último. Lo ponemos en conocimiento del público". El gobierno de Mariano Ignacio Prado supo aprovechar sus conocimientos y le costeó un viaje al sur del país —Arequipa, Puno y Cuzco— a fines de 1877 que se prolongó por diez meses, lo que le dio oportunidad de atender a más de mil enfermos, entre los cuales realizó 206 operaciones: "31 cataratas, 7 isideclomías terapéuticas, 28 pupilas artificiales, 20 estrobotomías, 65 terigiones, 20 entropieus, ectropions, triquihasis, 2 tumores lacrimales, 8 estafilomas y 1 enucleación", comentaba "El Nacional" el 14 de setiembre de 1878. Uno de sus discípulos sería Esteban Campodónico, quien destacó como oftalmólogo después de haber trabajado junto a él en calidad de auxiliar.

El doctor Ernesto Mazzei murió en Ica. Era dueño de la hacienda "Ocucaje". Nota en "Actualidades" del 30.12.1905.

9.4 *José Gariazzo*

Natural de Cerdeña, llegó a alcanzar en el ejército peruano el grado de Cirujano Mayor. Durante la guerra con Chile atendió a los heridos que ocasionó el bombardeo realizado por la escuadra enemiga al puerto de Pisagua (02.11.1879). Meses después formó parte del personal de sanidad en el hospital de sangre de Bellavista, cuando el Callao fue atacado por la marina chilena.

No era la primera vez que prestaba su valiosa ayuda al Perú. El 2 de mayo de 1866 había estado en el hos-

pital acondicionado en la hacienda Villegas, hacia donde fueron evacuados los heridos del combate contra la escuadra española. Cuando llegó a nuestro país en 1853 tenía 27 años. Al término de la contienda se dirigió al Uruguay y desapareció en Colonia el 22 de mayo de 1889 (44).

9.5 *Egidio Fanchiotti*

El farmacéutico Egidio Fanchiotti debe figurar en estas líneas. Vivía en el Callao y era dueño desde 1865 con el médico Federico Doderó y Pablo Vercellone, de la botica "Italiana", situada en la calle de la Misión números 35 y 37. Sin embargo, al cabo de los años la sociedad fue disuelta el 31 de diciembre de 1878, según documento notarial suscrito ante Alejandro Deustua, y asumió la conducción del negocio esta vez solo. A cada uno de sus antiguos socios le canceló lo correspondiente: S/. 18,617.00 a Vercellone y S/. 48,346.50 a Doderó, lo cual nos da esta cifra: S/. 66,963.50 entre ambos; si agregamos el capital de Fanchiotti es seguro que nos acercamos a los noventa mil soles. En esa época toda una fortuna que nos da una visión bastante amplia de la magnitud de tal empresa. Fanchiotti había revalidado su título en 1874 y estaba integrado a la comunidad porteña. Fue uno de los farmacéuticos que obsequió oportunamente un botiquín completo al Estado Mayor de la Escuadra en las primeras semanas de la guerra con Chile, como se puede comprobar en el libro copiador N° 172 del archivo naval. Testó ante el notario Santiago Rosas el 3 de agosto de 1883 (protocolo 1145, folio 239 v.). Residía en la casa N° 13 de la calle de La Misión. Dijo tener 40 años de edad y estar casado con Albina Parodi. Dos hijos: Amelia y María. Era natural de San Jorge Lomellin. Nombró por albacea a Miguel Canessa y firmaron como testigos Pablo

(44) El expediente de José Gariazzo Plasencia se encuentra en la Ayudantía General del Ejército. Ministerio de Guerra.

Queirolo, Lorenzo Niccola y Luis Mazzone. Farmacéuticos fueron igualmente Camilo Francia (calle del Muelle N° 10) y Angel Trisano (Gálvez N° 79) (45).

9.6 Nino Barazzoni

Se graduó de médico en Florencia en 1896. Se estableció en el Callao y revalidó su título en la facultad de San Fernando en 1899. Agente consular de Italia, inspector del hospital de Guadalupe, fundador de la Casa Italiana de Salud del primer puerto, era un hombre público de gran proyección social. Una prueba de la confianza que se le tenía fue que llegó a ser alcalde del Callao.



(45) En Ica destacó como farmacéutico, desde los primeros años del siglo XX, Delfino Pezzia, fundador de la "Botica Italiana".

10— ARQUITECTOS, PINTORES Y ESCULTORES

10.1 *Antonio Leonardi*

Al pintor y arquitecto genovés Antonio Leonardi, que era además “decorador y paisajista”, se debió la rotonda de la Exposición, según el diario “El Orden” del 6 de julio de 1881 al comentar su deceso ocurrido en el Ecuador hacia donde había ido ventajosamente contratado para pintar el escenario del teatro de Quito. De la Exposición recordaba el citado vocero periodístico: “Aquellos parques, jardines, salones de conciertos, galerías de pinturas, de historia, etc. todo ese conjunto de belleza y arte es obra de la imaginación fecunda de Leonardi”.

El 1º de julio de 1872 Manuel Atanasio Fuentes, al hacer entrega del Palacio de la Exposición al presidente de la comisión nombrada por el gobierno, dijo: “Poco y débil sería cualquier elogio que hiciera del arquitecto D. Antonio Leonardi; Ud. ha tenido más de una vez ocasión de apreciar su inteligencia; y el majestuoso palacio que hoy verá el público está diciendo, más que todo esfuerzo de palabra, que ese distinguidísimo artista es uno de los mejores arquitectos que ha pisado nuestra capital. No sólo ha hecho los planos y dibujos, conforme a las instrucciones que de mí ha recibido, sino que ha presenciado, con notable constancia y recomendable interés, los más mínimos trabajos. Dos años de una exclusiva consagración a esta obra, afanes y tiempo que no le han sido remunerados, merecen con sobrado título una muestra de la munificencia del gobierno” (46).

(46) *Catálogo de la Exposición Nacional de 1872*. Francisco A. Fuentes. Lima, 1872, pág. 70.

10.2 Leonardo Barbieri

Otro italiano —pintor y maestro— fue Leonardo Barbieri, quien llegó a nuestra capital en 1856 y pronto se hizo conocer. El 7 de agosto de 1860 inauguró, en un salón del convento de los jesuitas, una exposición de sus pinturas entre las que destacaron los óleos del político y hombre de leyes Felipe Santiago Estenós, el del clérigo Lucas Pellicer, deán del cabildo metropolitano, y el de una señorita Melgar. Barbieri integró el plantel docente del colegio de “Guadalupe”, como profesor de dibujo, en reemplazo de Ignacio Merino. Tuvo, además, una escuela situada en 1870 en la calle de San Pedro. Fueron sus alumnos, unos primero, otros después, Federico del Campo, que realizó su obra en Italia; Alberto Lynch, Daniel Hernández, Evaristo San Cristóval, Romeo Gago, Teófilo Castillo, José Effio y tantos más que, como ellos, se hicieron de un nombre en la historia del arte peruano.

Abelardo Gamarra en su folleto *Italia y el Perú. A la memoria de un hombre de bien* (Lima, 1920), señaló que Leonardo Barbieri era “natural de Santa María”. En su pequeña academia “con modelaje, maniqués, esqueletos para el estudio de la anatomía, trajes para el estudio de las telas y óvalo para el conocimiento perfecto de las líneas de la cabeza humana”, reunió a un numeroso grupo de aficionados al arte; muchos, de ellos, al correr del tiempo, lograrían, como hemos expresado ya, darse a conocer.

10.3 Adamo Tadolini

El monumento a Simón Bolívar, que se levanta en la plaza de la Inquisición, fue esculpido por Adamo Tadolini. La obra, inaugurada el 9 de diciembre de 1858, costó 22 mil pesos. La fundición de la estatua fue realizada en Munich. Su peso es de 238 quintales. (47)

(47) Bromley, Juan y Barbagelatta, José: *Evolución urbana de la ciudad de Lima*. Lima, 1945, pág. 84.

10.4 *Salvatore Ravelli*

La estatua de Cristóbal Colón, ubicada en la Avenida 9 de Diciembre desde 1901, se debió al escultor Salvatore Ravelli. Antes había estado "en el óvalo de Acho, frente a la puerta del Sol". Tenía data antigua, porque su inauguración se realizó el 3 de agosto de 1860, cuando gobernaba Ramón Castilla.

10.5 *Gaetano Moretti*

El diseño del Museo de Arte Italiano lo hizo el arquitecto Gaetano Moretti (1860-1938), quien llegó al Perú a instancias de la colectividad italiana. Se agregaron obras de arte y abrió sus puertas con motivo del centenario de la independencia. Situado en el parque "Juana Alarco de Dammert", antes "Neptuno".

10.6 *Agustín Marazzani Visconti*

Un artista de enorme calidad, Agustín Marazzani Visconti, que estuvo entre nosotros en los últimos años del siglo pasado, plasmó en un lienzo la imagen del coronel Alfonso Ugarte en actitud de lanzarse al abismo desde la cumbre del Morro de Arica. Pero no sólo era pintor; sobresalió igualmente como escultor, pues la estatua del general San Martín, que se levanta actualmente en la avenida Buenos Aires del Callao es obra suya como lo es la de Ignacio Merino en Piura. Marazzani era oriundo de Piacenza.

10.7 *Ulderico Tenderini*

Personaje vinculado al Perú, Ulderico Tenderini fue poseedor de un rancho en Chorrillos, que los chilenos convertirían en escombros durante la campaña de Lima en enero de 1881. Había ganado prestigio como escultor y marmolista, tanto que en la Exposición Nacional de 1872 sus obras merecieron el reconocimiento del público. Según

la guía de domicilio e industrial de 1887, su establecimiento —o su taller— quedaba en Carabaya N° 150. Fue miembro de la compañía de bomberos “Garibaldi” N° 1 de Chorrillos, institución que nació gracias al empuje e iniciativa del coronel Domingo Ayarza.

En torno de Tenderini, que se pierde entre la bruma y el tiempo, he encontrado información complementaria en el testamento de su esposa Magdalena Vargas, que suscribió su postrera voluntad el 8 de octubre de 1874, en su casa de la calle de la Sacristía (6ta. cuadra de lo que antes se llamó jirón Arica y hoy se conoce como Rufino Torrico). Estaba enferma, aunque en su “cabal juicio y completa razón”. Era de Trujillo, hija legítima de Mateo Vargas y de Francisca Rondón. Dijo que de su matrimonio con Ulderico Tenderini “no ha tenido ni tiene ningún hijo”. Señaló por bienes una finca “situada en la calle Tarapacá” y un rancho en Chorrillos.

Ulderico Tenderini falleció en el citado balneario el 2 de octubre de 1899, a la edad de 70 años. Sus restos fueron conducidos a la estación de la Encarnación por amigos y compatriotas para después llevarlos a Lima. En el obituario de esos años lo llaman “conde Ulderico Tenderini”. He visto la única foto que conozco de él en el archivo Sergio Guarisco Pozzi, quien, además, es poseedor de la más completa colección de medallas sobre los italianos en el Perú.

10.8 *Giovanni Matellini*

De Giovanni Matellini, garibaldino y, como tal, combatiente en las huestes del gran condotiero de la unificación italiana, dijo el periodista y escritor Abelardo Gamarra, con ocasión de una entrevista que le hizo en el hotel “Península” de Chucuito: “cuando rememoraba esos lejanos tiempos, rejuvenecía, se animaban sus ojos y se iluminaba su semblante”.

Matellini había combatido en Catalafimi, Palermo, Volturmo, Ancona, Castelfidardo y Nápoles. Al término de la contienda decidió contraer matrimonio y así lo hizo, pero en Estados Unidos, con “una joven hermosa y buena”, italiana como él que había conocido en la tierra lontana. Con ella y dos amigos desembarcó en el Callao. Así como fue soldado había destacado, en condición de estudiante, en la especialidad de construcciones. Si acabó o no la carrera o tuvo que dejarla a mitad del camino es asunto que no he podido precisar. En Lima sobresalió como constructor y en esta actividad hizo fortuna. Calcagnoli decía que Matellini edificó el local del Banco Italiano del Callao y también el de la compañía de bomberos “Roma”. Dijo más: fue “socio fondatore di quasi tutte le nostre istituzioni”.

Asistió al combate del 2 de mayo de 1866 y al bloqueo del Callao durante la guerra con Chile, en ambas oportunidades integrado a las compañías de bomberos. En reconocimiento a sus importantes servicios prestados al país le concedieron diplomas y medallas que sus herederos conservan como un grato recuerdo.

Matellini nació en Lerici en 1835 y falleció en Lima el 30 de mayo de 1911. Dejó numerosa prole. Fueron sus hijos: Alfieri, Pílates, Duilio, Orestes, Américo, Ettore y Settimio.

En los últimos años de su vida solía radicar en Chucuito, barrio exclusivamente de pescadores italianos que habían formado como una pequeña colonia. Chucuito tenía características urbanas propias: casas de madera pintadas de colores alegres, unas de un piso y otras, muy pocas, de dos. Afuera jardines que sobrevivían como un desafío al ambiente salino y allí nomás, en la playa, chalanas y botes. Los domingos remendaban las redes y trasegaban el “bon vino” iqueño que compraban en las bodegas de la calle Teatro y de la entonces calle de Lima que después se llamó Sáenz Peña.



El constructor Giovanni Matellini, rodeado de sus hijos. En 1911 el celebrado periodista Abelardo Gamarra lo entrevistó en Chucuito, barrio de pescadores. (Foto: Archivo de los descendientes).

Matellini era un hombre de más de 70 años (estamos en los primeros años del 900) y se conservaba, a pesar de esta circunstancia, "fornido, musculoso", según dijo "El Tunante" Gamarra en la edición de "Integridad" correspondiente a junio de 1911.

Cuando murió se pronunciaron estas palabras: "era tan italiano como peruano: había remachado en su corazón como un gemelo esas dos patrias".



11— OTRAS MANIFESTACIONES DEL ARTE

11.1 *Andrea Bolognesi, violinista*

Andrea Bolognesi, hijo de José Bolognesi, violinista genovés de quien se afirma haber sido uno de los maestros de Nicoló Paganini, fue padre del héroe de Arica coronel Francisco Bolognesi. Debió arribar al Perú “por los años de 1806 o a principios de 1807”, al decir de Andrés Sas en su conocido estudio *La música en la catedral de Lima durante el virreinato* (segunda parte, tomo I, pág. 47).

Músico notable, de Génova como su progenitor, tocaba violín y cello por lo que por sus virtudes en el manejo de ambos instrumentos lo llamaban “el divino Bolognesi”. Durante el virreinato fue maestro de capilla de música de la catedral de Lima, cargo que ejerció diecisiete años. Con posterioridad trabajó con el conde de Villar de Fuente, del que se alejó en 1812 por asuntos de índole económica que le amargaron la vida. De su matrimonio con la arequipeña Juana Cervantes tuvo varios hijos: dos mujeres y dos varones, entre estos Francisco, héroe del Morro de Arica durante la guerra del Pacífico, y Mariano, coronel como su hermano, quien heredó de su progenitor las dotes musicales, habiendo dejado marchas patrióticas, canciones y valsas como “Los ecos del Misti”.

Margarita, la mayor, fue bautizada de siete años y ocho días el 2 de octubre de 1815 en la parroquia del Sagrario de nuestra capital. Francisco recibiría el óleo y crisma en la parroquia de San Sebastián el 8 de noviembre

de 1816, de cuatro días. Rosa, el 24 de agosto de 1818, de un día; a todo lo cual hay que agregar a José de las Nieves, bautizado el 6 de agosto de 1821, de dos días.

Andrea (o Andrés) Bolognesi viajó a la ciudad de Arequipa años después. No ha sido establecida la fecha exacta de su muerte, pero se piensa que fue "antes de 1840, habiendo abandonado la carrera musical y dedicándose al comercio de la coca".

11.2 *Carlos Enrique Pasta, compositor de óperas*

Músico milanés, nacido en 1817. El diario "El Comercio" con motivo de su arribo al Callao el 14 de agosto de 1855, hizo un elogioso comentario, destacando que era "maestro de canto, piano, compositor de óperas y director de bandas militares".

Su formación musical la había logrado en su tierra de nacimiento y en París. El crítico e historiador Carlos Raygada dijo que Pasta fue el primero en incorporar a la escena los motivos musicales indígenas, anticipándose así a Valle Riestra.

En la guía de Fuentes aparece con residencia en el hotel "Universo".

A Pasta pertenecen, entre otras obras, la *Gran marcha fúnebre* compuesta en 1867 en homenaje al mariscal Castilla y una *Misa solemne* que fue estrenada el 22 de mayo de 1869 en la iglesia de Monserrate. Otra de sus obras, la ópera *El pobre indio* (1868) tuvo en su tiempo gran resonancia. Los libretos habían sido escritos por el venezolano Juan Vicente Camacho, de larga residencia en el Perú, y por el arequipeño Juan Cossío. También fue autor de la ópera *Atahualpa*, estrenada en el teatro "Paganini" de Génova el 23 de noviembre de 1875 y, en Lima, el 11 de enero de 1877. El éxito logrado en nuestra capital dio motivo a que las funciones se repitiesen durante una semana.

11.3 Cantantes y músicos que actuaron en Lima

Clorinda Corradi Pantanelli, contraalto, actuó en Lima el 17 de noviembre de 1840 en el estreno de "Semíramis" de Rossini, con gran aceptación de los aficionados que la elogiaron por su estupendo papel de "Arsaces".

En 1848 arribó una empresa lírica en la que actuaba Innocenzo Ricordi, quien decidió quedarse, al término de la temporada, con el propósito de probar suerte en otras actividades. Al poco tiempo inauguró una casa comercial especializada en la venta de instrumentos musicales.

Lima era, al parecer, plaza para el desarrollo del arte lírico. Elisa Biscaccianti debutó en el Teatro Principal en marzo de 1853 con "La Sonámbula", de Bellini. Se integró al ambiente limeño, porque en la década del sesenta permanecía aún en la capital. El público era receptivo a estas manifestaciones musicales y siempre acudía al teatro consciente de gozar de un atractivo espectáculo, como sucedería en 1868 al llegar el clarinetista José Bago- lini y al año siguiente Alaida Pantanelli.

Sin lugar a equivocación el nombre de Luisa Marchetti fue el de mayor relieve. Era soprano y estuvo en Lima en 1869 para actuar en el Teatro Principal. Uno de sus biógrafos, Rodolfo Barbacci, expresa que cantó "Norma" de Bellini. "Uniéndose a otros artistas recién llegados y a algunos locales formó una compañía de óperas que actuó durante meses. Tenía bella figura, voz arrogante, agudos fáciles. Prosiguió actuando como cantante y empresaria. El 9 de febrero de 1870 se inaugura en Chorrillos el Teatro Marchetti con una corta temporada de óperas italianas. Canta nuevamente en Lima hasta mediados de 1870 y en julio da su función de despedida. En agosto de 1877 regresa y actúa en conciertos con el violinista José White. Canta en total en una decena de actuaciones variadas (arias de óperas y dúos con el barítono

Rossi Galli). Posiblemente en diciembre se fue a Chile con White; pero en abril de 1879 está de regreso y canta en conciertos a beneficio de los hospitales de sangre”, termina diciendo Barbacci (48). El conseguir dinero para obra tan importante, sobre todo en los difíciles momentos que pasaba la nación, con sus arcas vacías a consecuencia del despilfarro, la mala administración y el latrocinio, acrecentó aún más su simpatía. Se identificó con nuestra causa y trabajó por ella.

En junio de 1879 los diarios anunciaron su presentación para el día 14 en el Teatro Principal. Se creó así el ambiente necesario para que el público colmase sus instalaciones. La artista donaría parte de sus ingresos a la “Sociedad Cosmopolita”, que desarrollaba actividades humanitarias.

El programa preparado era bastante variado: aria del primer acto de la ópera “Norma”; segundo y tercer actos del drama “San Martín”, del peruano Isidro Mariano Pérez; “el aplaudido delirio de la ópera *Lucía* de Lammermor”; finalmente la comedia de costumbres de Manuel A. Segura *La Mozamala*.

Su presentación constituyó un éxito completo. “La concurrencia fue numerosa y escogida” —comentaban en los periódicos. Al referirse a la artista no se escatimaban elogios, quizá superabundantes, frutos del entusiasmo: “Jamás se ha oído cantar en nuestra escena, como cantó la diva Marchetti en esta función” — decía el decano. Para testimoniarle su admiración, el público aplaudió prolongadamente y hubo quienes “poblaron de flores” el prosenio. Pero no todo quedó allí. El arte de la Marchetti hizo que muchos le obsequiasen, según “El Comercio” (17.06.1879), “abanicos, copas cinceladas de plata, ban-

(48) “Apuntes para un diccionario biográfico musical peruano”, en FENIX, revista de la biblioteca nacional, Lima, 1949, pág. 472.

das bordadas de oro, bouquets de filigrana de plata y otras muchas preciosidades”.

Como se aprecia, la vida en Lima transcurría en una aparente normalidad. Estábamos en guerra, pero se trataba de soslayar esta situación y para matar temores y angustias se recurría a la música, al canto, al aplauso. El mes anterior nuestra escuadra había perdido una de sus mejores naves, la fragata “Independencia”.

Luisa Marchetti agradeció así: “Cada día bendigo a la suerte que me hizo arribar a las playas de una nación tan noble y hospitalaria como el Perú... La memoria de tantas bondades será la mayor alegría de mi vida”.

Se le atribuyen unos versos dedicados a la mujer limeña: “Iba a dejar vuestra tierra,/ del arte y gloria mansión,/ cuando el eco de la guerra/ vino a herir mi corazón./ Dichosa yo si me es dado,/ cual lo anhela el corazón,/ cantar en el triunfo ansiado/ el Himno de la Nación”.

Salvador Berriola, violoncelista, radicado en Lima desde 1877 se convirtió en un personaje de la ciudad; formó una Estudiantina integrada por damas de la sociedad limeña en 1886. Compuso mazurcas y pasodobles. El tenor Lino Baltasari actuó en el Teatro del Aguila, del Portal de Escribanos, en 1884. Y en 1886 la soprano Adalgisa Gabbi, con una compañía de ópera, se convirtió en el suceso artístico del momento.

En esta enumeración no debemos olvidar el nombre del compositor Enrique Fava Ninci, quien, radicado en el Perú desde 1909 fue profesor en la Academia Nacional de Música, director de orquesta, autor de la obertura *Alfonso Ugarte*, del ballet *La cadena de Huáscar* y del himno *Ayacucho*.

11.4 Claudio Rebagliati, restaurador del Himno Nacional

Claudio Rebagliati fue el restaurador de la música del Himno Nacional. Nacido en Noli, Génova, el 6 de octubre de 1843 en el hogar del músico Angelo Rebagliati y de Lilla Ricaldome, influido por su padre tocó el violín desde niño, instrumento del que llegó a ser un virtuoso. A pesar de su corta edad actuó en temporadas de ópera en las que el público, entusiasmado por lo depurado de su arte, le brindó siempre su confianza y apoyo. El año 1857 arribó a Chile con sus progenitores. Con ellos estaba el otro hijo de la familia, Rinaldo, quien también era músico y por tal razón los tres viajaron por numerosas ciudades de ese país ofreciendo presentaciones en los teatros.

En Lima estuvo desde abril de 1863 y era ya tanta su fama que el diario "El Comercio" hizo un entusiasta comentario de su presencia en la capital. Para vivir desplegó intensa actividad como concertino del Teatro Principal, como profesor de música y como director de orquesta. Pero también incursionaría en los negocios, pues en 1868 tenía una casa de venta de pianos, situada en la calle de Plateros de San Agustín; en 1870, con su connacional Francesco Francia inauguró otro establecimiento similar, que, con el tiempo, llegó a ser considerado el mejor de Lima. Se llamaba *La lira peruana* y estaba ubicado en la calle de Bodegones N° 67.

Su obra fue vasta: *Una lágrima del batallón "Zepita" en la tumba del ilustre doctor José Gálvez* (marcha fúnebre, 1867); *La aurora de julio* (himno patriótico, 1867); *Un 28 de julio en Lima* (rapsodia, 1868); *Las hijas del Rímac* (vals, 1873); *El bombero* (himno, 1875); *Sinfonía* (1875); y *A la luna de Paita*, zarzuela en un acto compuesta en 1875 con letra de "El Chico Terencio" (Pedro Antonio Varela), quien puso esta nota en su

obra: "El humilde autor de esta insignificante composición teatral, se honra dedicándola a los dignos regentes y cajistas de EL NACIONAL, quienes generosa y espontáneamente se encargaron de darle forma de libro... Yo pongo esta humilde producción bajo el patrocinio de unos cuantos obreros modestos, cuyos nombres y cuya generosa acción valen para mi alma toda la gloria con que sueña" (49).

Dice "El Chico Terencio" en sus versos, que pone en la boca de un marinero:

*Esta muchacha
como hay un Dios,
me está cogiendo
por estribor.*

*Como mi oro
ya se atrapó
le ha fastidiado
mi ardiente amor.*

*Las hembras todas
iguales son:
en cuanto empuñan
dicen que no.*

*Marta del alma,
hazme un favor
no echés a pique
mi corazón.*

A esa obra criolla le puso música, como queda dicho, Claudio Rebagliati. Y era porque ya estaba compenetrado con todo lo nuestro, integrado a la sociedad peruana, y una prueba más de tal afirmación podría ser la recopilación de pregones, canciones incaicas y patriotas,

(49) "El Nacional", 12.08.1875.

de bailes populares y marchas que tituló *Rapsodia peruana*.

Volvamos al principio de esta nota. ¿En qué consistió la restauración del himno? Decía Rebagliati que los músicos mayores de entonces —se refiere a la segunda mitad del siglo XIX—, poco escrupulosos e ignorantes, transcribieron la canción nacional de memoria alterando caprichosamente algunos giros melódicos y añadiendo adornos y frioritururas de pésimo gusto, y trasladándolos de manera tan horrorosa que llegó a ser insoportable para un oído bien construido. Por todas estas razones, dice Rebagliati, instó en 1869 al maestro Alcedo para que pusiese término a tanto escándalo publicando él mismo siquiera una reducción de su obra para canto y piano y para piano solo. Sin embargo, obtuvo por respuesta que sentía el peso de sus años, y por tal motivo lo autorizó para que él hiciese ese trabajo (50).

El crítico argentino Rodolfo Barbacci expresa que Rebagliati fue “posiblemente el músico que más contribuyera a formar una cultura y un ambiente musical en el Perú, desde 1863 hasta principios de este siglo”. Dijo asimismo que formó discípulos excelentes y elevó el nivel de todas las orquestas de Lima (51).

Casó dos veces: la primera con Florinda Raibaud, de Lima; y la segunda con Raquel Carbajal Chávez, de Arequipa (52).

Rebagliati falleció en 1909.

(50) Raygada, Carlos: *Historia crítica del Himno Nacional*. Lima, 1954, tomo I, pág. 149.

(51) Opus cit., pág. 488-489.

(52) Raygada, Carlos: Opus cit., II, pág. 113.

12— ADDENDA

12.1 *El naufragio del "Italia"*

El Muelle-Dársena del Callao se vio colmado de gente el miércoles 17 de junio de 1885. Numerosos italianos, tanto de Lima como del puerto, se habían dado cita, con enorme alegría, para despedir a casi un centenar de familiares que iban a viajar a Génova, a bordo del trasatlántico "Italia", de maciza envergadura.

Entre los pasajeros había mujeres y niños. Las madres de familia llevaban a sus hijos a educarse en Europa, actitud comprensible si se tiene en cuenta que Lima a causa de la guerra con Chile no tenía nada que ofrecer.

La despedida fue muy emotiva. Abrazos, besos y lágrimas. Cuando a las 10 p.m. la nave levó anclas y salió rumbo a su destino, los acompañantes se retiraron. El "Italia", tenía por capitán a un experimentado hombre de mar, Cesare Marteo, quien desde hacía años navegaba en la costa del Pacífico. Entre tripulantes y pasajeros el barco conducía 150 personas.

De acuerdo al plan de ruta la nave debía hacer escala en Mollendo para continuar hacia Arica, Valparaíso, Buenos Aires y Montevideo. Y de allí enfilarse rumbo a Europa. Toda su carga —900 bultos de mercadería— estaba asegurada.

Ya fuera del cabezo de la isla de San Lorenzo, el capitán, no obstante el frío de la noche neblinosa, se mantuvo en cubierta. Pensaba quizá en el almuerzo que días atrás —el 14— ofreció a bordo de su buque al ministro

residente de su país Enrique De Gubernatis para celebrar la circunstancia de haberse establecido, con el "Italia", la nueva línea de vapores de la casa Piaggio y Co. entre Génova y el Callao. Marteo había invitado, también, a las autoridades del puerto y a varias familias italianas. La reunión transcurrió en un ambiente de "entusiastas discursos" y muchos brindis (53).

Era comprensible el entusiasmo. La llegada de naves significaba la apertura de mercados, exportación de nuestros productos, intercambio comercial, presencia de capital extranjero. El tráfico marítimo entre el viejo continente y los puertos del Perú, en especial del Callao, prácticamente había quedado paralizado por la guerra recientemente perdida.

El almuerzo se prolongó hasta después de las cuatro de la tarde. El "Italia", según versión de un periodista que tuvo ocasión de visitarlo, era "pequeño, pero muy cómodo".

Las voces de sus oficiales sacaron al capitán Marteo de su abstracción. Impartió las últimas disposiciones y se retiró a su camarote:

"A la salida de este puerto del Callao, hice rumbo a la isla de San Gallán navegando como de costumbre con la velocidad media de nueve millas por hora, y el diez y ocho a las doce meridiano nos hallábamos con la costa a la vista y al sur de dicha isla, a la distancia como de veinte millas y la cual pasamos por N 10° E, de cuyo punto hice rumbo SE 5° S corregido", dice en el parte que suscribió días más tarde, dirigido al cónsul de su país en el primer puerto señor Ricardo Motta (54).

(53) "El Comercio", 15.06. 1885.— *Guía de domicilio e industrial de Lima y comercial de las provincias del Callao y Huanca-ayo para el año 1887*. Clodomiro Soto y Enrique Ramírez Gastón. Lima, 1887.

(54) "El Comercio", 25.06.1885.

En otro párrafo señalaba: "El tiempo era bastante bueno con viento fresco de SSE y todo marchaba bien y con la mayor vigilancia".

El "Italia", poco a poco, fue ganando distancias. Marteo no era un novato. Había corrido la mar desde muy joven. Siempre en buques de vela. Sabía de vientos fuertes, de cielos aborregados, de chubascos, de temporales; la vida y el trabajo contribuyeron a forjarlo un hombre de nervios templados y carácter hosco.

No era un marino de agua dulce, de esos que se ahogan en una taza. Conocía a fondo el arte del pilotaje. Sin embargo, las características del barco que capitaneaba eran diferentes a las que poseían las naves de vela.

Marteo continuaría con su relato: "En las horas postmeridianas, recorrimos la costa más afuera de la bahía Independencia a una distancia de catorce o quince millas y siguiendo el mismo rumbo de SE 5° S. A las 4 postmeridiano, cambié de rumbo dirigiéndome al SE y E a fin de conservarme en línea paralela a la costa y conveniente distancia".

En la cubierta, mientras tanto, los pasajeros gozaban con el espectáculo del mar, de ondas rizadas, y esto, naturalmente, contribuía a la exaltación de sus jubilosas manifestaciones de alegría. Los niños, al lado de sus padres, solían hacer preguntas. Todo les llamaba la atención.

"A las 8 postmeridiano, calculando hallarme al través de Cabo Santa María a una distancia aproximada de diez y ocho millas, hice rumbo SE 10° E a fin siempre de recorrer la costa, y di las órdenes convenientes al segundo, señor José Serendero para la noche, es decir: seguir el mismo rumbo siempre que el horizonte se hubiese mantenido bastante claro, y en caso que se ofuscara, desviar del rumbo cinco grados a la derecha y de llamarme

en cualquier emergencia. A las diez postmeridiano, hallándome sobre cubierta repetí las mismas órdenes al oficial de guardia que lo era el señor José Solari, cuarto capitán, recomendándole al mismo tiempo la mayor vigilancia al timonel, a fin de que gobernara bien.

“A las doce de la noche entraba de guardia el capitán Augusto Bonifacio, tercer oficial de a bordo, el que recibió la misma consigna.

“A las dos antemeridianas del diez y nueve, una tremenda sacudida, seguida de otras, fueron la señal de haber el ITALIA embestido, y efectivamente al salir de mi camarote observé que el vapor había chocado contra unas rocas, dos de las cuales surgían algunos metros a la superficie del mar, por la izquierda, y una a flor de agua por la derecha”.

El mundo se vino abajo. Todos gritaban enloquecidos de espanto. Se había chocado “contra una roca de la Punta Steepo o San Juan, que avanza al mar cerca a Lomas” (55). El estruendo “fue contestado por los ciento cincuenta seres humanos” que iban a bordo (56).

Marteo no se engañó al ver su nave destrozada. Comprendió de inmediato su delicada situación. “Visto el peligro inminente de hundirnos, hice llamar a toda la gente sobre cubierta, se dio la señal de alarma y se avisó a toda la tripulación y pasajeros que se hallaban bajo cubierta para que se pusieran a salvo. Se echaron a la mar cinco lanchas de salvamento, bajo la dirección, cada una, de un oficial, a fin de embarcar con orden el mayor número de personas”.

Ordenó sondear la sentina para saber qué cantidad de agua había entrado a las bodegas. Tiró al mar la son-

(55) “El Comercio”, 23.06.1885.

(56) “El Comercio”, 24.06.1885.

daleza con el escandallo para averiguar qué profundidad tenía el agua, pero “no halló fondo a treinta brazas”.

El marineraje arrió los botes en medio del barullo y el desconcierto. No olvidemos, para comprender a cabalidad lo que estaba sucediendo, que era de noche.

Rosendo Melo, en su imprescindible *Derrotero de la costa del Perú* (Lima, 1906), comentaba: “El vapor tardó apenas veinte minutos en llenarse de agua a popa y una vez llenas las bodegas a ese extremo, el peso desigual le permitió resbalar de la roca y hundirse”.

Quienes tuvieron la suerte de subir a las embarcaciones que se habían lanzado al mar —sin agua, sin comida, sin instrumentos de navegación—, se alejaron rápidamente del foco del naufragio para no ser absorbidos por el vacío que haría la nave al desaparecer en el océano. A pesar de tal precaución, uno de los botes fue arrastrado con sus veintidós personas al fondo del mar. Estuvo al mando del contador, y a la vez “capitán marítimo”, señor Farlatti.

“La oscuridad de la noche, el viento y la mar, la espesa niebla que ocultaba la costa, no permitían ni avanzar al sur con las embarcaciones, ni ver sino a muy corta distancia” afirmaría el capitán en el parte que hizo llegar al cónsul de Italia.

Hubo relatos conmovedores que se dieron a conocer a través de los periódicos. El pánico se apoderó de los sobrevivientes, que eran 56 en total. Decididos a conservarse con vida a costa de lo que fuese, no quisieron escuchar “los gritos y clamores” de aquellos que, a golpe de brazos, cerca a ellos, les pedían un lugar. Después alegarían que no les fue posible salvarlos.

¡Pero el Destino —la Moira griega— les tenía reservado un viaje lleno de sorpresas! La marejada los empujó hacia el norte y muy de mañana, con los primeros

rayos del sol, arribaron a San Nicolás pero no encontraron nada que les permitiese sobrevivir. Ante esta situación, al ver truncas sus expectativas, dos de los naufragos, casi enloquecidos, “prefirieron perderse en el desierto antes que reembarcarse y al efecto huyeron a carrera” (57).

No quedó otra alternativa que volver a sus botes y remar, devorados por la sed y el hambre, por lo que al caer la noche una de las embarcaciones quiso correr su propia suerte y se separó de las demás. Esta actitud la favoreció, porque el vapor chileno “Cachapoal”, que había salido de Pisco logró verla, varió de rumbo y en el boquerón de San Gallán subió a bordo a sus ocupantes, que eran trece.

¿Qué había pasado con los tres botes restantes? Arribaron a Laguna Grande, en la bahía de la Independencia, donde fueron auxiliados por los pescadores. Después de un breve descanso tomaron el camino de Otuma, a paso lento, sin fuerzas casi para andar. Un informe del capitán de puerto de Pisco señala que con ayuda del italiano Ernesto Soprani, de un arriero y de dos hombres más —estos últimos puestos a sus órdenes por el subprefecto—, les envió “alimentos y algún abrigo” (58).

Sin embargo, cuando los sobrevivientes llegaron a Otuma prefirieron seguir a Pisco por mar y se embarcaron en botes de las salinas. Hay la versión que ellos también tuvieron la suerte de ser avistados por el “Cachapoal” y auxiliados. Al final, todos se reunieron en Pisco, y con ellos, por supuesto, el capitán.

Se calculó que en el naufragio perecieron veinticin-

(57) Melo, Rosendo: *Derrotero de la costa del Perú*. Lima, 1906.

(58) Capitanías de puerto. Comandancia principal de los tercios navales. Año 1885, documento 110, folios 258 y 259. Archivo naval.

co niños. Sólo se salvaron once pasajeros, que fueron: Donata Giacome, Beillerge Segancho, Antonio Figari, Francesco Cossola, Luis Sáenz, Federico Vaccari, Luigi Ragnulli, Alejandro Valerga, Juan Campodónico, Jorge Glavic y Federico Lanata.

Lo extraño fue que casi toda la tripulación sobrevivió:

Capitán	Cesare Marteo
2º capitán (o primer piloto)	Giuseppe Serendero
4º capitán (o cuarto piloto)	Giuseppe Solari
1er. maquinista	Doménico de Ferrari
2do. maquinista	Giuseppe Spittu
3er. maquinista	Ugo Federici
Doctor	Augusto Mitre
Carpintero	Vittorio Carbone
Marineros	Federico Libbe
	Decimore Guge
	Giorgio Sacieto
	Luigi Balsano
	Sandro Gaspare
	Giovanni Sardella
	Seresola Sebastiani
Sirvientes	Lian María Maggi
	Luigi Mazzella
	Cesare Fiorentino
	Giácomo Santi
	Carlo Ponti
Guardianes	Celeste Durino
	Tommaso Alvanese
Fogoneros	Silverio Mazzella
	Maurizio Traverso
	Pietro Bianchi
	Andrea Debauli
	Michele Debarbieri
	Urbano Gaetano
	Giovanni Bosco

Carboneros	Baccari B. Doménico Decumi Antonio Rossi Francesco Napoleón
2º cocinero de primera clase	Vincenzo Baietto
Panadero	Espósito Terenciano
Cocinero de tercera clase .	Giovanni Fredrigo
2º carnicero	Giuseppe Acelepiade
Panadero	Paolo Buesone
Mozo de cocina	Pantallo Costa
Camareros	G. B. Maisano Stefano Gambaro G. B. Marini Cesari Sabatelli Carlo Bassallo Luigi Oregono

Los dos náufragos que en San Nicolás dejaron a sus compañeros para internarse en los arenales consiguieron llegar hasta el puerto de Lomas. El oficial que en la trágica noche del naufragio había quedado de guardia, según la versión del capitán, desapareció. “Sospecho —decía— que se haya suicidado por haberse oído repetidos tiros de revóver, mientras el vapor se hundía”.

¿Cómo debemos entender eso de “repetidos tiros”? Esta afirmación es discutible. ¿Puede una persona dispararse más de un balazo para matarse? En el caso que sólo quiera hacer una pantomima, sí.

Algunos de los que se salvaron de morir, al cabo de unos días se embarcaron en el Callao —el 27 de junio— con destino a Buenos Aires para de allí seguir a Europa. Pero el capitán del buque náufrago —como es de rigor en estos casos—, así como el primer piloto, el médico y los maquinistas tuvieron que quedarse. Era necesario hacer la investigación correspondiente y abrir un sumario. El 8 de julio empezaron las reuniones de las personas in-

volucradas en el problema. Estuvieron presentes el ministro de Italia y el contralmirante Antonio de la Haza.

En aquellos años fue muy comentada la tragedia del cocinero del hotel "Americano", quien regresaba a su patria con su esposa y seis hijos, después de toda una vida de esfuerzo personal por mejorar su situación; pereció él y sus vástagos y sólo su mujer se salvó. Pero no pudo resistir golpe tan duro y se volvió loca.

Entre los pasajeros que se ahogaron podemos citar a J. L. Soto, Landázuri, Enrique Arroyo, M. Murga y Luis Costa, cuyo destino era Mollendo. Luigi Gagliardo que iba a Valparaíso. F. Castelli y señora que se dirigían a Buenos Aires. Ramírez y señora, Giácomo Lanata, Riccardo Gargini, Giovanni Marante y Angelo Brambilla que viajaban a Génova.

Hay algunas interrogantes que necesitan análisis. ¿Cómo se explica que la mayor parte de la dotación se salvase y, en cambio, desaparecieran casi todos los pasajeros? ¿Debemos pensar que le faltó autoridad al capitán cuando quiso poner orden? ¿Los tripulantes se instalaron en los botes dispuestos para quienes debían proteger? ¿Sucedió así?

En "La industria" de Iquique fue publicada una carta dirigida por un náufrago del ITALIA a su hermano, desde el vapor LAJA, para contarle pormenores de la catástrofe vivida. Lo que dijo no dejó en buen pie a los oficiales y tripulantes. "Desde el choque hasta el último momento en que estuve a bordo y hasta que el buque se perdió en el agua, todo fue gritos, órdenes y contraórdenes, lamentaciones y consternación general. Nadie obedecía y todos corrían en diversas direcciones pidiendo misericordia. Hombres, mujeres y niños, desnudos todos, volaban de un extremo a otro en demanda de auxilio y protección. Esto apenaba el alma y aumentaba la confusión general que reinaba a bordo. Algunos en su desesperación

preguntaban de qué medios podrían valerse para socorrer a sus hijos, sus esposas, sus amigos. ¡Oh, trance terrible! Todo era inútil y no había forma de prestar auxilio alguno: era el *sálvese quien pueda* de los últimos instantes de la vida. Desde los primeros momentos de la catástrofe, y repuesto algún tanto de mi aturdimiento y confusión, producidos por efectos del gran peligro, me avalancé a una de las embarcaciones que descansaban en sus puestos. Lo mismo hicieron los oficiales y marineros" (59).

El primer maquinista Doménico de Ferrari, desde Montevideo, protestó por la versión que habían hecho circular los sobrevivientes Juan Campodónico y Jorge Glavic (o Glawich). Declararon que el día del naufragio hubo "excesivo consumo de vino" que "provocó la expansión". Negó también que esa noche se hubiese tocado piano hasta las 10. Dijo que en el salón hubo dos pasajeros de primera clase, quienes se retiraron a las 8.30 p.m. y que media hora después cerró.

He tratado de hallar el fallo o veredicto del jurado que integró el contralmirante de la Haza. Mi búsqueda ha sido infructuosa. No lo he encontrado ni en el archivo naval ni en los diarios de la época. A pesar de esta circunstancia es posible afirmar que no hubo acciones valerosas en la trágica noche del naufragio. Cabe la posibilidad, y esta suposición no está lejos de la verdad, que más de uno le pelease un lugar en los botes a las mujeres y los niños y, por supuesto, a los padres de familia.

Decepciona leer la lista de sobrevivientes, porque refleja una tremenda realidad. De ellos 45 pertenecían a la dotación y sólo 11 eran pasajeros. No se requiere poseer gran capacidad de análisis para pensar que, en el parte del capitán —que no fue un cobarde, sino que al parecer quedó abrumado por el impacto de ver hundirse su barco— hay

(59) Versión transcrita en "El Comercio" del 10.07.1885.

juego de palabras, aderezos de vocablos para ocultar la verdad. ¿Por qué ceñirse exclusivamente a sus declaraciones cuando los hechos nos muestran tanto?

Apena comprobar cómo gente laboriosa que a fuerza de privaciones había logrado modificar su situación, muera cuando, llena de ilusiones, viajaba a la patria lejana. “La Revista Social”, órgano periodístico fundado por José Antonio Felices, hizo este comentario: “El naufragio del ITALIA... ha dejado en nuestro espíritu profunda huella no sólo por el desastre en sí, sino por haber escogido la suerte entre sus víctimas a los seres que más amamos en la vida —las mujeres y los niños”— (60).

12.2 *Capitanes y pilotos*

Entre 1842 y 1853 hubo gran afluencia de marinos italianos a nuestro país. Son años, desde el punto de vista político, que podrían ser llamados, sin temor a equívocos, caóticos. Gobierna el general Francisco Vidal, lo sigue Justo Figuerola, continúa Manuel Ignacio de Vivanco, después Domingo Elías, de nuevo Justo Figuerola, más tarde Manuel Menéndez hasta que le toca el turno a Ramón Castilla, quien, con mano firme, trata de poner un poco de orden en medio de tanto desbarajuste. A Castilla, sin embargo, se le acusa de ejercer un gobierno de tipo personal. Lo dice el vocero periodístico “El Patriota”, en su edición del 6 de mayo de 1849: “En el Perú no hay más que el Poder Ejecutivo: el poder de un hombre, porque a eso queda reducido en último resultado el gobierno”.

A este personaje, vapuleado y criticado acerbamente por muchos que, por estar fuera de la camarilla de palacio se sienten afectados, lo sucederá el general José Rufino Echenique. La diferencia entre uno y otro es notable: Castilla es un hombre campechano, a veces grosero según la versión que recogieron visitantes extranjeros y apun-

(60) Edición del 27.06.1885, número 5.

taron en sus obras; pero incapaz de derroches, caso contrario de Echenique, cuyo alarde de riqueza llegó al máximo en un baile que ofreció el 15 de octubre de 1853 con su esposa Victoria Tristán, gracias a quien logró ubicación social. Tanto José Arnaldo Márquez, como Ricardo Palma, se ocuparon de la fiesta: el primero despectivamente (“allí acudieron todos los improvisados con sus familias a hacer ostentación de su opulencia”) y el segundo como un hecho social sin precedentes, digno de ser recordado; se refirió a las damas de la aristocracia colonial que lucieron joyas de plata y a las de los tiempos modernos, que sólo pudieron usar alhajas de oro.

Los marinos al arribar al Perú son generosamente recibidos. En ese momento histórico repletan sus naves de guano y las conducen a Europa. A todos aquellos que carecen de embarcaciones se les facilitará una para ese fin. Se inicia —se está iniciando— lo que podría llamarse, sin lugar a dudas, el “boom” del guano. Las deyecciones de las aves vuelven más ricos a los ricos y el país vive, por algunos años, una bonanza ficticia. Toda obra pública y todo pago tendrá como base empréstitos negociados con los consignatarios, un grupo de capitalistas peruanos que sólo ve su propio enriquecimiento. Las haciendas empezarán a llenarse de chinos contratados en Macao para trabajar como braceros, pero se les considerará ni más ni menos que esclavos. La costa “región de las arenas y desiertos”, como la llamaría Mariano Felipe Paz Soldán, será como una gran prisión para esos seres pequeños, de ojos rasgados, mal alimentados y siempre escarnecidos.

Las naves, al ancla en el puerto del Callao, cargan agua y víveres y luego enfilan a las islas de Chincha.

Rosendo Melo, en su *Historia de la Marina del Perú* (tomo I, 1907) insertó una relación de buques mercantes “de la matrícula del Callao y de las costas”, que había ordenado formular en 1853 el gobernador del Callao ge-

neral Alejandro Deustua. En esa lista o catálogo figura el nombre de los capitanes de travesía y el de las barcas, bergantines y bergantines-goletas que comandaban. Se refleja allí el mundo de aquellos hombres que llegaban con sus buques atiborrados de mercadería y salían más tarde —rosa de los vientos— a otras latitudes.

Nombramos algunos marinos italianos y las naves que capitaneaban, con su respectivo tonelaje: J. B. Univazo (“General Alais”, 441 ton.), P. Maruza (“Josefina de Teaballa”, 448 ton.), Jerónimo Albertini (“Pasco”, 256 ton.), Banostaro (“José”, 297 ton.), Miguel Canevaro (“Carlos Alberto”, 301 ton.), M. Sicardo (“Viviana”, 261 ton.), S. Gotuzo (“Santiago”, 198 ton.), Varrotare (“Miguel”, 130 ton.), Pablo Bermengo (“Paraíso de Lima”, 188 ton.), N. Demoro (“Brillan Isabel”, 144 ton.), A. Porzo (“Angelita”, 132 ton.), Leonardi (“Julia”, 147 ton.), N. Bianchi (“Garibaldi”, 192 ton.), Parodi (“Telhis”, 120 ton.), F. Buchelli (“Caballo Marino”, 93 ton.), L. Sforcini (“Carolina”, 93 ton.), Constanti (“Mercedes”, 12 ton.), Hilario Figari (“Diana”, 136 ton.) y Juan Faciali (“Flor de Mayo”, 39 ton.).

Figura, también, Giuseppe Garibaldi al mando de la barca “Carmen”, de 343 toneladas, propiedad de Pedro Denegri.

Pilotos de altura y pilotos prácticos, del mismo origen inscritos en la matrícula del tercio naval de Lima, estuvieron atentos a inmediatas contrataciones. Cito algunos nombres: Pablo Salvati, Fernando Zavala, Juan B. Mazzoni, Lorenzo Bertolotto, Carlo Costa, Narciso Chandier, Antonio Gianella, Francesco Gazzoli, Miguel Bregante, Nicolás Salmón, Esteban Parodi, Tomás Bozano, Francesco Valega y, entre otros, Bartolomé Selle. De tal manera constan en la documentación existente en el archivo naval.

I N D I C E

Proemio	5
1—SE LEVANTA EL TELON	
1.1 ¿Hicieron la América?	7
1.2 Bases estadísticas de permanencia	8
1.3 Bachiche	10
2—LOS ITALIANOS SE ORGANIZAN	
2.1 Comisión Consultiva de Inmigración	13
2.2 La Peruvian Corporation y otros proyectos	15
2.3 La Sociedad Italiana de Beneficencia y Asistencia	16
2.4 El Hospital Italiano	18
2.5 Sociedad de Instrucción	19
2.6 Escuela Italiana de Música	20
2.7 El Banco Italiano	20
2.8 Compañía de Seguros "Italia"	22
2.9 Societá "Canottieri Italia"	23
2.10 Círculo Sportivo Italiano	23
2.11 La "Stella d'Italia"	24
3—HOMBRES DE VOZ Y PLUMA	
3.1 Emilio Sequi en San Marcos y fundador de "La Voce d'Italia".	26
3.2 Tomás Caivano y la "Historia de la Guerra de América entre Chile, Perú y Bolivia".	28
4—CREADORES DE FUENTES DE TRABAJO	
4.1 Industriales, agricultores y comerciantes	30
5—MISIONEROS Y MARTIRES	
5.1 Fray Manuel Castrucci di Vernaza	50
5.2 Fray Julián Bovo di Revello	50
5.3 Fray Giovanni Crisóstomo Cimini	51
5.4 Fray Samuel Mancini	52
5.5 Un explorador laico: Gaetano Osculati	53
6—FIGURAS HISTORICAS	
6.1 Giuseppe Garibaldi y Antonio Malagrida	54
6.2 Antonio Raimondi	55

7—NEGOCIOS Y NEGOCIANTES

7.1	La "Fonda Coppola"	58
7.2	Capella, el heladero	59
7.3	Hoteles	61
7.4	El Jardín Estrasburgo	64

8—LA GUERRA DEL PACIFICO

8.1	Sacrificio y abnegación: Luigi Zolli, inmolado en Pisagua; Domingo Pescetto, alcalde de Arica y amigo de Bolognesi; Pedro Luis Storace, maquinista de la corbeta "Unión"	66
8.2	Compañías de bomberos: los voluntarios de la "Roma"; la "Garibaldi" de Chorrillos y relación de sus mártires; las bombas del Callao	67

9—MEDICOS Y FARMACEUTICOS

9.1	José Antonio Caffari	72
9.2	Pedro Bertonelli	76
9.3	Ernesto Mazzei	77
9.4	José Gariazzo	77
9.5	Egidio Fanchiotti	78
9.6	Nino Barazzoni	79

10—ARQUITECTOS, PINTORES Y ESCULTORES

10.1	Antonio Leonardi	80
10.2	Leonardo Barbieri	81
10.3	Adamo Tadolini	81
10.4	Salvatore Ravelli	82
10.5	Gaetano Moretti	82
10.6	Agustín Marazzani Visconti	82
10.7	Ulderico Tenderini	82
10.8	Giovanni Matellini	83

11—OTRAS MANIFESTACIONES DEL ARTE

11.1	Andrea Bolognesi, violinista	86
11.2	Carlos Enrique Pasta, compositor de óperas	87
11.3	Cantantes y músicos que actuaron en Lima	88
11.4	Claudio Rebagliati, restaurador del Himno Nacional	91

12—ADDENDA

12.1	El naufragio del "Italia"	94
12.2	Capitanes y pilotos	104

EDICION AUSPICIADA POR LA
ASSOCIAZIONE ITALIANI
DEL PERU

CON LA COLABORACION DE:

Anónimo

Anónimo

Aprile Seafreighth-Perú

Cánepa Giacomo-Architetto

Cía. Peruana de Cerveza S. A.

Clínica Italiana

Factoría Arenales S. A.

Industrial Tubos S. A.

Ipesa Trattori Same

Optica Científica S. A.

Sociedad Italiana de Beneficencia

Tiendas Aurelia S. A.

MARINA DE GUERRA DEL PERU

Sistema de Bibliotecas

Clas: 301.451/2/1991

No: Inv:

Fecha:

2113

Inst:



LOS QUE VINIERON DE ITALIA, obra de **MANUEL ZANUTELLI ROSAS**, se imprimió en los talleres gráficos de la Librería Editorial "**MINERVA**" MIRAFLORES - Sito en el Jr. González Prada 553-557 Surquillo (Reg. Industrial 7006), en el mes de julio de 1991.



"MINERVA"
Miraflores
Reg. Indust. 7006

Mención especial merecen los italianos que rindieron su vida por el Perú en la guerra irónicamente llamada del Pacífico. No ha quedado al margen el periplo vital de aquellos arquitectos, pintores y escultores que con su obra dejaron una muestra de su capacidad creadora y de su sentido de la belleza. Se habla asimismo de capitanes y pilotos, de músicos, cantantes y actrices. Y, por supuesto, del modesto bachiche, ese personaje popular, el "gringo" del barrio, que forjó el futuro de sus hijos hacia otra dimensión económica y social.

Este libro constituye pues un tributo a aquellos pioneros que han contribuido a conformar al Perú como "un crisol de razas, de oro, plata y cobre", es decir, un "caudal de gloria administrada en común", según afortunada frase de Ventura García Calderón.



FOTO: FLOR DE MARIA COSIO DE ZANUTELLI

La edición, en 1973, de El Callao, nuestro puerto, fue para Manuel Zanutelli Rosas como la concreción de viejos anhelos, de horas quitadas al descanso y entregadas a su ideal de vida: la investigación. Sus herramientas de trabajo eran, y son aún, amarillentos legajos de archivos y parroquias, periódicos y revistas que alguna vez circularon sin fecha definida de aparición, libros, folletos, guías domiciliarias, volantes, cancioneros, y todo aquello que pueda conducir al encuentro con la verdad.

Surgieron más tarde Evocaciones históricas (1978); El capitán de navío Leopoldo Sánchez Calderón (1979); Guía biográfica del periodismo peruano (1985); la iconografía histórica El mariscal Andrés Avelino Cáceres (1987); y el ensayo biográfico Alfonso Ugarte (1987). Al alimón con Jorge Arias Schreiber publicó en 1984 Médicos y farmacéuticos en la Guerra del Pacífico, obra que concitó la atención de la crítica por

que era un tema que no había sido abordado hasta el momento. Existencias humanas, que Zanutelli cinceló pacientemente con documentos de carácter irrefutable, aparecen también en los libros que publicó entre 1980 y 1983 la Comisión Permanente de Historia del Ejército.

El año pasado dio a conocer Pisco, bebida tradicional y patrimonio del Perú, obra impresa en Colombia por el Banco Latino, muy vistosa, con abundante información histórica y primorosos grabados en colores.

De otro carácter son sus estudios en torno de los conquistadores españoles, publicados en parte, y sobre todo aquellos que surgieron de sus lecturas de estudios de literatura griega en la década del cincuenta, como La guerra de Troya, obra inédita de sugerentes matices.

Ha escrito en las páginas editoriales de casi todos los diarios de Lima, principalmente en "La Prensa", donde suscribió por algunos años la columna "Notas históricas". Es Miembro Correspondiente del Centro de Estudios Histórico-Militares. Ha sido distinguido por el ejército y la marina por haber obtenido el primer lugar en concursos de carácter histórico promovidos por ambas instituciones.